JOSÉ ANTONIO PULIDO ZAMBRANO

CRIATURAS DE LA NOCHE EN EL RÍO BOBO

BT

BIBLIOTECA
DE AUTORES Y TEMAS
TACHIRENSES

192

Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses
dirigida por el Dr. Ramón J. Velásquez
Volúmenes publicados

1. ASÍ ERA LA VIDA EN SAN CRISTOBAL
   Anselmo Amado
2. APUNTES ESTADÍSTICOS DEL TÁCHIRA
   José Gregorio Villafañe
3. TEMAS AGRÍCOLAS Y AGRARIOS
   Amenodoro Rangel Lamus
4. TIERRA NUESTRA
   Samuel Darío Maldonado
5. EL TÁCHIRA EN 1876
   Varios autores
6. OBRAS COMPLETAS
   Luis López Méndez
7. CARTAS SOBRE EL TÁCHIRA
   Santiago Briceño
8. DICCIONARIO FILOLÓGICO
   Emilio Constantino Guerrero
9. OBRAS VARIAS
   Samuel Darío Maldonado
10. SELECCIÓN DE CUENTOS
    Arturo Croce
11. ANTOLOGÍA POÉTICA
    Marco Ramírez Murzi
12. LA VILLA
    Tulio Chiossone
13. COMUNEROS VENEZOLANOS
    J. N. Contreras Serrano
14. MEMORIAS DE UN TACHIRENSE DEL SIGLO XIX
    Francisco Alvarado
15. NOVELAS
    Juan Guglielmi H.
16. POESÍAS (ANTOLOGÍA GENERAL)
    Manuel Felipe Rugeles
17. VENTANAS AL MUNDO
    Leonardo Ruíz Pineda
18. BAJO EL ALEGRE CIELO
    Rafael María Rosales
19. EL PROBLEMA AGRARIO EN VENEZUELA
    Miguel Parra León
20. POR LOS ARCHIVOS DEL TÁCHIRA
    Marco Figueroa S.
21. LOS INFIDENTES DEL TÁCHIRA
    Mario Briceño Perozo
22. UN PALMO DE BUENA TIERRA BAJO EL CIELO
    Daniel Uzcátegui Ramírez
23. PUENTE DEL JAZMIN VIAJERO
    Blanca Graciela Arias de Caballero
24. FOLFLORE TACHIRENSE VOL. I
    L. F. Ramón y Rivera – Isabel Aretz
25. FOLFLORE TACHIRENSE VOL. II
    L. F. Ramón y Rivera – Isabel Aretz
26. TALUD DERRUMBADO
    Arturo Croce
27. PETROGLIFOS PREHISTÓRICOS DE COLÓN DEL TÁCHIRA
    J. B. Calderón
28. REGULO OLIVARES Y SU ÉPOCA
    M. A. Pulido Méndez
29. LA CUESTIÓN AGRARIA EN LA HISTORIA NACIONAL
    Luis Troconis Guerrero
30. CARTAS DE AMOR PARA MATILDE ALVARADO
    Pío Gil
31. POLÍTICA EN TONO MENOR
    Luis Fossi – Barroeta
32. LA RESPUESTA DEL DESTINO
    Alejandro E. Trujillo
33. EL PENSAMIENTO DE BOLÍVAR LIBERTADOR
    Eleazar López Contreras
34. LA PARABOLA DE LA FUENTE
    Vicente Elías Moncada
35. RECUERDOS DE MI MONTAÑA
    Marco Tulio Páez
36. DATOS PARA LA HISTORIA ECONOMICA DEL TÁCHIRA
    Tomas Castilla
37. FOLFLORE TACHIRENSE VOL. III
    L. F. Ramón y Rivera – Isabel Aretz
38. LA EDAD PRE-ESCOLAR
    Gabriela Barrera Moncada
39. BIBLIOGRAFÍA TACHIRENSE
    Horacio Cárdenas Becerra

40. EL TÁCHIRA EN LA EMANCIPACIÓN
Rafael María Rosales
41. PROCESO DE LA HISTORIA
Arturo Cardozo
42. EL TÁCHIRA DE MI INFANCIA Y JUVENTUD
Nemecio Parada
43. MONSEÑOR GREGORIO JAIMES DE PASTRANA, UN TACHIRENSE OBISPO DE SANTA MARTA EN EL SIGLO XVII
Aurelio Ferrero Tamayo
44. EL LICEO "SIMÓN BOLÍVAR"
Maestros y alumnos cuentan su historia
45. ECOS DEL RECUERDO
Augusto Murillo Chacón
46. SAMUEL DARÍO MALDONADO
F. Carmona Nenclares
47. PÍO GIL (2ª Edición)
José Carrillo Moreno
48. LA RUEDA DEL TIEMPO
Amenodoro Rangel Lamus
49. PRÓCERES MERIDEÑOS
Vicente Dávila
50. ANDANZAS DE UN DESTERRADO
Pío Gil
51. ODISEA DE UN TELEGRAFISTA VENEZOLANO
Nemecio Parada
52. TEMAS DE ECONOMÍA
Antonio Arellano Moreno
53. CUESTIONES DE DERECHO Y OTROS TEMAS
Abel Santos
54. VIDA Y OBRA DE CARLOS RANGEL LAMUS
Varios autores
55. PRÓCERES TRUJILLANOS
Vicente Dávila
56. PÁGINAS DE HISTORIA DEL TÁCHIRA
J. J. Villamizar Molina
57. RÚBEN GONZÁLEZ, UNA VIDA AL SERVICIO DE VENEZUELA
César González
58. LEXICO Y REFRANERO EN "TIERRA NUESTRA" DE SAMUEL DARÍO MALDONADO
Tulio Chiossone
59. MIS MEMORIAS (VIDA Y PASAJE DEL CAMPO TACHIRENSE)
Ángel María Arellano
60. LA GRITA (HISTORIA DEL ESPÍRITU SANTO DE LA GRITA) TOMOS I Y II
Lucas Guillermo Castillo Lara
61. GENTE DEL TÁCHIRA (DESDE LA REVOLUCIÓN DE LOS COMUNEROS DE 1781 HASTA 1974) TOMOS I, II Y III
Anselmo Amado
62. UNA PEQUEÑA HISTORIA
Rafael Ángel – Eugenio Fuentes
63. DE OCUMARE A MIRAFLORES (DE UNO A OTRO EXTREMO DE VENEZUELA) 1919 – 1945
Nemecio Parada
64. AULOGÉLICAS
Joaquín Díaz González
65. LOS PROBLEMAS DE LA TIERRA Y OTROS TEMAS
Amenodoro Rangel Lamus
66. EL AZÚCAR DE MI TRAPICHE
Ramón Velásquez
67. MURAL HUMANO
J. G. Pérez Rojas
68. LA NUEVA REBELDÍA
Ángel Ciro Guerrero
69. EL LENGUAJE ERUDITO, POPULAR Y FOLKLORICO DE LOS ANDES VENEZOLANOS
Tulio Chiossone
70. BIBLIOGRAFÍA COMENTADA DE LA ERA DE CIPRIANO CASTRO, 1899-1908
William M. Sullivan
71. VENTANAS AL MUNDO (2ª Edición)
Leonardo Ruíz Pineda
72. EL TERRUÑO, LA PATRIA Y EL MUNDO
José Abel Montilla
73. LAS LOMAS DEL VIENTO (Ensayos)
Horacio Cárdenas Becerra
74. TORNOVIAJE
José Humberto Ocariz
75. POETAS Y VERSIFICADORES TACHIRENSES
Antonio Arellano Moreno
76. LA CAÍDA DEL LIBERALISMO AMARILLO
Ramón J. Velásquez
77. LOS HÉROES Y LA HISTORIA
Ramón J. Velásquez
78. INDIVIDUOS DE NÚMERO
Ramón J. Velásquez

79. DE CARACAS A SAN CRISTÓBAL
Juvenal Anzola
80. PUEBLOS DEL TÁCHIRA
Pedro Pablo Paredes
81. EMOCIONARIO DE LAÍN SÁNCHEZ
Pedro Pablo Paredes
82. MICHELENA Y JOSÉ AMANDO PÉREZ: EL SEMBRADOR Y SU SUEÑO
Lucas Guillermo Castillo Lara
83. HISTORIA DEL ESTADO TÁCHIRA
Tulio Chiossone
EL CENTENARIO DEL LIBERTADOR EN SAN CRISTÓBAL
(Estudio – Prólogo de Aurelio Ferrero Tamayo)
84. LOS POETAS DE AMÉRICA CANTAN A BOLÍVAR
Manuel Felipe Rugeles
85. LA FEDERACIÓN EN EL TÁCHIRA
Francisco Betancourt Sosa
86. EL TÁCHIRA FRONTERIZO (1881-1899)
Arturo Guillermo Muñoz
87. MÉDICOS ANDINOS
José Humberto Ocariz
88. RAÍCEZ POBLADORAS DEL TÁCHIRA
Lucas Guillermo Castillo Lara
89. JUAN VICENTE GÓMEZ ANTE LA HISTORIA (ANTOLOGÍA)
90. CONTROVERSIA COLOMBO-VENEZOLANA EN LA CONSTRUCCIÓN DEL GRAN FERROCARRIL DEL TÁCHIRA
José Murguey Gutiérrez
91. ELEMENTOS HISTORIALES DEL SAN CRISTÓBAL COLONIAL (EL PROCESO FORMATIVO)
Lucas Guillermo Castillo Lara
92. LAS IDEAS ANTIMPERIALSTAS Y SOCIALISTAS EN EL TÁCHIRA (1909-1920)
Ramón González Escorihuela
93. LOS CAMINOS DEL AGUA (DEL TÁCHIRA AL ATLÁNTICO)
Roberto Giusti
94. FERMÍN ENTRENA, UN VENEZOLANO DEL NOVENTA Y NUEVE
José Abel Montilla
95. MEMORIAS DE UN REACCIONARIO
Tulio Chiossone
96. CINCO ÁGUILAS BLANCAS
Humberto Tejera
97. IMAGEN DEL TÁCHIRA
Rafael María Rosales
SAN CRISTOBAL. SIGLO XVII. TIEMPO DE ALEUDAR
Lucas Guillermo Castillo Lara
98. TODO POESÍA
Marco Ramírez Murzi
99. CUATRO AÑOS BAJO LA MEDIA LUNA
Rafael de Nogales Méndez
100. DICCIONARIO TOPONÍMICO VENEZOLANO
Tulio Chiossone
101. EL CABALLERO DEL FRAC Y ESPUELA
Rafael de Nogales Méndez
102. EN LAS FRONTERAS DEL VIENTO
Ramón Vicente Casanova
103. EL JUICIO CONTRA JUAN RODRÍGUEZ POR LA FUNDACIÓN DE MÉRIDA
Aurelio Ferrero Tamayo
104. OBRAS COMPLETAS: POLÍTICA Y LITERATURA
Luis López Méndez
105. REZOS Y REZANDEROS EN EL TÁCHIRA
María Alruiz de Torres
106. LOS ALEMANES EN EL TÁCHIRA (SIGLOS XIX Y XX).
I. LAS MEMORIAS DE HEINRICH RODE (1854-1918). II. HISTORIA DE CUATRO CASAS ALEMANAS DE COMERCIO EN VENEZUELA Y COLOMBIA (1852-1952)
Heinrich C. I. Rode Alca Poperkorn
107. BIBLIOGRAFÍA Y HEMEROGRAFÍA DEL ESTADO TÁCHIRA
Horacio Cárdenas
108. LOBATERA – TIEMPOS HISTÓRICOS EN UNA TIERRA DE PIONEROS
Samir Sánchez
109. PROCESO HISTÓRICO
Arturo Cardozo
110. HISTORIA DE LA MEDICINA EN EL ESTADO TÁCHIRA
Francisco Romero Lobo

111. LA PARABOLA DE LA FUENTE (2º Ed.)
Vicente Elías Moncada
112. ECOS DEL TORBES
Edición facsimilar
113. NARRATIVA CONTEMPORÁNEA TACHIRENSE
Recopilación
114. GUZMÁN BLANCO Y EL TÁCHIRA
Pedro Cunill Grau
115. LAS IDEAS POLÍTICAS EN EL TÁCHIRA: DE LOS AÑOS 70 DEL SIGLO XIX A LA SEGUNDA DÉCADA DEL SIGLO XX
Ramón González Escorihuela
116. EL RECUERDO DE LOS DÍAS
Ramón Velásquez
117. NARRATIVA CONTEMPORÁNEA TACHIRENSE
Recopilación
118. ENSAYÍSTICA CONTEMPORÁNEA TACHIRENSE
Recopilación
119. POESÍA CONTEMPORÁNEA TACHIRENSE
Recopilación
120. ANTOLOGÍA POÉTICA
Salustio González Rincones
121. JUNÍN. TIERRA PIONERA Y PROMISORIA
José Antonio Contreras Bautista
122. MUNICIPIOS Y MUNICIPALIDADES
Adolfo Rubio Rubio
123. REFLEXIONES SAGRADAS Y PROFANAS
Nelson Arellano Roa
124. CIPRIANO CASTRO Y LA REVOLUCIÓN LIBERAL RESTAURADORA
Carlos Quintero Gamboa
125. LA MÚSICA EN EL TIEMPO DE CIPRIANO CASTRO
María Milanca Guzmán
126. EL LICEO SIMÓN BOLIVAR. ALUMNOS DE SIEMPRE
Olivia Padilla A.
127. LA LITERATURA FOLKLÓRICA TACHIRENSE. CUENTOS DE APARECIDOS, DE BRUJAS Y DE PEDRO RIMALES
L. F. Ramón Y Rivera – Isabel Aretz
128. J. M. SISO MARTÍNEZ Y LA HISTORIA ECONÓMICA Y SOCIAL DE VENEZUELA
Manuel E. Carrero
129. EL FOLKLORE TACHIRENSE LA MUSICA TÍPICA DEL TÁCHIRA
L. F. Ramón Y Rivera – Isabel Aretz
130. VENEZUELA: CUATRO ÉPOCAS
Gonzalo Villamizar
131. LA COCINA TACHIRENSE
Leonor Peña
132. LA GUERRA (REFLEXIONES SOBRE LA GUERRA MUNDIAL 1914-1918)
Pío Gil
133. PIEDRA SOBRE PIEDRA. NOTAS PERIODÍSTICAS DE UN MÉDICO
Hugo Murzi M.
134. VIEJA GENTE DEL TÁCHIRA
César González
135. EL BECERRO DE LA GRITA. JOYA DE LA MEMORIA
Yariesa Lugo Marmignon
136. FRUTOS DE MI SIEMBRA
Carlos Sánchez Espejo
137. POESÍAS COMPLETAS
Juan Beroes
138. CARACTERIZACIÓN DE LA REGIÓN ALIMENTARIA ANDINA
Rafael Cartay
139. TRES ZARANDAJADAS
Antonio Mora
140. GENERAL EUSTOQUIO GÓMEZ Y EL SOCIALISMO EN EL TÁCHIRA
Temístocles Salazar
141. RICOS Y POBRES EN EL TÁCHIRA
Jaime Torres
142. CIPRIANO CASTRO – GOBERNADOR DEL TÁCHIRA (1888 – 1889). Tomos I y II
J. N. Contreras Serrano
143. SAN JUAN BAUTISTA DE UREÑA Y SANTA BÁRBARA DE LA MULATA
Lucas Guillermo Castillo Lara
144. SAN ANTONIO DEL TÁCHIRA, LA PATRIÓTICA Y VALEROSA VILLA
Rafael María Rosales
145. ISAÍAS MEDINA ANGARITA. ASPECTOS HISTÓRICOS DE SU GOBIERNO
Nora Bustamante
146. SANTA ANA DEL TÁCHIRA
J. J. Villamizar Molina

147. LA MINORÍA PROTESTANTE EN EL TÁCHIRA (DOS PUBLICACIONES: "LA VERDAD" Y "PORVENIR". RUBIO, 1920-1936)
Domingo Irwin G.
148. LA NAVIDAD TACHIRENSE
Recopilación: Leonor Peña
149. LAS ESCRITORAS DE VENEZUELA
Carmen Teresa Alcalde
150. LA PETROLIA DEL TÁCHIRA
Pedro Cunill Grau
151. SALUSTIO GONZÁLEZ RINCONES Y LA GENERACIÓN DE LA ALBORADA
152. CIPRIANO CASTRO EN LA CARICATURA MUNDIAL
William Sullivan
153. ENSAYOS DE INTERPRETACIÓN HISTÓRICA E HISTORIOGRÁFICA
Ildefonso Méndez Salcedo
154. LA NUEVA RIQUEZA DE LAS NACIONES
Ernesto Santander
155. CAMINOS DE LEYENDAS. TRADICIÓN ORAL EN EL TÁCHIRA
Lolita Robles de Mora
156. FRANCISCO CROCE, UN GENERAL CIVILISTA
Arturo Croce
157. CATEDRAL DE SAN CRISTÓBAL: CRÓNICA Y RESTAURACIÓN
Sonia Becerra van der Linden
158. LA ALIMENTACIÓN EN EL TÁCHIRA
Bernardo E. Flores Ortega
159. MONSEÑOR JESÚS MANUEL JÁUREGUI (1848 – 1905): CONTRIBUCIÓN AL ESTUDIO DE LAS RELACIONES IGLESIA – ESTADO EN VENEZUELA
Herbert Luna
160. LA GRITA (HISTORIA DEL ESPÍRITU SANTO DE LA GRITA) TOMOS I Y II
Lucas Guillermo Castillo Lara
161. EL TEATRO CARAQUEÑO EN LA ÉPOCA DE CIPRIANO CASTRO (1899-1908)
José Jorge Marghella
162. ROMANCERO ANDINO
Benigno Ontiveros
163. CELEBRACIÓN DE ESTAR VIVOS Y OTROS ESCRITOS
Tulio Hernández
164. LABERINTO
Marisol Pérez Melgarejo
165. VUELO DE LAS AGUILAS
Valdemar Vivas
166. CONFIDENCIAS IMAGINARIAS DE JUAN VICENTE GÓMEZ
Ramón J. Velásquez
167. CIPRIANO CASTRO: SU TIERRA, SU ENTORNO Y SU VIDA
Gerson Rodríguez
168. HILERAS DEL SOL
Carmen Rosa Orozco
169. RELATOS Y VIVENCIAS DE UN SOLDADO RESTAURADOR
Rafael E. Ojeda Camperos.
170. HOJAS DE CENIZAS
Manuel Rojas
171. A CORO EN EL ASOMBRO
Pablo Mora
172. CIPRIANO CASTRO: EL IMPERIALISMO Y LA SOBERANÍA NACIONAL VENEZOLANA
Manuel E. Carrero
173. EL TÁCHIRA FÍSICO, POLÍTICO E ILUSTRADO (1905)
Emilio Constantino Guerrero
174. HUÉSPED DEL ASOMBRO: OBRA POÉTICA COMPLETA
Dionisio Aymará
175. URIBANTE: GEOGRAFÍA E HISTORIA
José de la Cruz Mora
176. LA MUERTE DE JUANCHO GÓMEZ
Santiago Fontiveros
177. EL CAFÉ Y LAS CIUDADES EN LOS ANDES VENEZOLANOS (1870-1930)
Alicia Ardao
178. POLÍTICA Y GOBIERNO EN EL ESTADO DE LOS ANDES (1881-1899): APROXIMACIÓN AL ESTUDIO DE SUS PRESIDENTES
Robinzon Meza
179. NOGALES MÉNDEZ VISTO POR PROPIOS Y EXTRAÑOS
Recopilación
180. EL ORIGEN DEL ESTADO DEMOCRÁTICO EN VENEZUELA (1941-1948)
Carlos Alarico Gómez

181. RAMÓN J. VELÁSQUEZ: APRECIACIONES SOBRE UNA LABOR REALIZADA
Recopilación
182. DE LA PETROLIA A PDVSA: CRÓNICAS TACHIRENSES
Gonzalo Villamizar A.
183. PÁGINAS DE HISTORIA CIVIL Y ECLESIÁSTICA DE VENEZUELA
Mons. Raúl Méndez Moncada
184. COMARCA DE LA NIEBLA
Manuel Osorio Velasco
185. CUATRO GENIOS. BATALLAS DE VENEZUELA
Gonzalo Villamizar A.
186. PEDRO GRASES: CLAVES PARA EL ESTUDIO DE UN OBRA DE INVESTIGACIÓN HISTÓRICA.
Ildefonso Méndez Salcedo
187. CRÓNICAS DE OPINIÓN Y OTROS TEMAS
Gonzalo Vivas Ramírez
188. OBRA POÉTICA
Manuel Felipe Rugeles
189. BUENAVISTA
José Humberto Ocariz Espinel
190. BOLÍVAR: ESTADISTA, MILITAR Y VISIONARIO CONTINENTAL
Roberto E. Avendaño
191. EL SOL DE LOS ANDES. EL DORADO DEL SIGLO XXI
Rafael Vivas Vivas
192. CRIATURAS DE LA NOCHE EN EL RÍO BOBO
José Antonio Pulido Zambrano

José Antonio Pulido Zambrano

Criaturas de la noche en el Río Bobo

Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses
San Cristóbal, 2011

Criaturas de la noche en el Río Bobo.

© José Antonio Pulido Zambrano
Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses
Nº 192

Consejo Asesor para esta publicación:
Ildefonso Méndez Salcedo
Ramón Márquez
José Lubín Pulido
Elvidio Márquez Guerrero

Primera edición, 2011

Diseño, diagramación y cuidado de la edición:
José Gregorio Vásquez C.

Impresión:
Producciones Editoriales, C.A.
Mérida, Venezuela

Hecho el Depósito de Ley:
Depósito Legal: LF4822011800772
ISBN: 978-980-6474-07-9

Reservados todos los derechos

Impreso en Mérida, Venezuela

Índice

Oigo un leve ruido en el sendero del jardín 19

Los cuentos de horror narrados de noche por la nona 29
La imagen del Santo Patrono: San José 31
Unos pies con barro 33
El misterio de las aguas 35
Unas alpargatas decidieron nuestros límites 36
La señora de la luz 37
Las Sorjiñas 40
La carretera 43
El pasajero del diablo 44
La parranda del diablo 47
El extraño jinete 49
Las mujeres del diablo 51
Melquíades y el diablo 53
El espíritu de las aguas 55
El hombre de los tres perros 56
La Sayona y el sombrero 57
Un vuelo con el diablo 59
El abuelo Balbino y los doce zorrocucos 60
El hombre lobo de Los Paujiles 61
La casona de los espíritus 63
El pintado 65
Llamando al diablo 67

Cruz mula 69
El patio de las brujas 71
Secundino Rojas, el exorcista 73
Un fantasma al claro de la luna 75
El enigma de la popita 77
El faro blanco 79
El brujeador de la montaña 81
La escoba 83
El soldado de la montaña 85
Una mujer en el camino 86
La dama de la escuela 87
La dama solitaria 88
La botija del enano 89
La noche de los gallos 90
Malicia 91
El gigante y otros espantos 93
Hay que decirle buen amigo 95
Un consejo del diablo 97
La viga de oro 99
El niño de la quebrada 100
La leyenda de Apolinar, el hombre 101
El espanto de Los Paujiles 104

Datos de autor 105

Agradecimientos

Este libro se logra imprimir
gracias al aporte económico
de la Alcaldía del Municipio Francisco de Miranda
en la persona del alcalde Yordy Sánchez.
De igual manera al Consejo Municipal
en su presidenta Judith María Medina Arciniegas
vicepresidente Noel Chacón Contreras
y los señores concejales: José Armando Vivas,
Miguel Ramírez y Alexander Javier Rojas.
Secretaria Blanca Pernía
y la Administradora Gladys Roa.

Dedicatoria

A mi hijito José Antonio Pulido Colmenares,
un niño que aún le teme a las criaturas de la noche
y me hace repetir el ritual de la abuela.

Al Dr. Ramón J. Velásquez por seguir enseñándome
que la historia y tradiciones de nuestros pueblos
es memoria de nunca acabar.

Iván Romero. Título: *Noche de espanto riobobera*
Pintura al oleó de 40cm x 50cm. 2011

Oigo un leve ruido en el sendero del jardín

El miedo más grande que sentí de niño fue el provocado en la oscuridad, tras ese miedo primigenio estaba el miedo a lo desconocido. Quizá este sentimiento de espanto a la noche, surgió con los "cuentos de horror" narrados por la abuela María Isabel frente al fogón, mientras ella, sorbía una taza con café cerrero. De allí que esos relatos fueran quedando grabados en la memoria inmediata de niño, luego, después de adolescente y adulto ese sabor amargo de espanto a la nocturnidad nunca desapareció, de allí que hoy exorcice esas "criaturas de la noche" en la escritura.

Desde los inicios de la humanidad, el horror siempre estuvo presente en los relatos orales. El hombre inventó el fuego para alejar a los demonios engendrados en las sombras. Ejemplo de ello son los relatos de Howard Phillips Lovecraft presentes en su libro *El horror en la literatura,* donde han sido definidos como "relatos preternaturales". Horror a un principio desconocido e insólito, desde el gran Cronos devorando a sus hijos descrito en la Teogonía de Hesiodo y plasmado de forma magistral en el lienzo de Francisco de Goya, hasta el horror que llega a nuestros días a través del cine con personajes como: Freddy Krueger, Jason o el Alien.

¿Cómo definir al horror? ¿Terror u horror? A simple vista son sinónimos y pueden hacer mención al mismo objeto. Los latinos en el caso del cine lo denominan terror, mientras que

el anglosajón se refiere a él llamándolo "Horror Film". Gubern nos aclara que en la práctica cinéfila anglosajona Horror Film es sinónimo de género cinematográfico fantástico-terrorífico, por lo que Gubern cree que cuando los ingleses pronuncian la palabra "horror" se está refiriendo a lo que en Latinoamérica se denomina "terror". ¿Se encontrarán diferencias o matices en cuanto al "horror" y al "terror"? Parece bastante difícil, teniendo en cuenta que se está pisando sobre una propiedad bastante resbaladiza, donde a veces lo fantástico y lo horrorífico juegan un mismo papel –indisoluble–, aún cuando lo fantástico no está unido con el horror. Antes bien la pura literatura basada en el horror pertenece a la categoría de lo "extraño" dentro del género de lo fantástico según la hipótesis de Todorov.

El horror ante lo siniestro, el sentimiento de lo extraño (Freud, 1978) se desarrolla cuando la percepción desprevenida es conducida por el límite de la ruptura de lo familiar, de lo íntimo, de lo amable y entra en escena lo secreto, lo oculto, lo impenetrable; o cuando desde el otro lado, "algo" se impone y dice: –Yo, en un lugar que no me corresponde.

Lo siniestro será aquello que debe permanecer oculto y sale a la luz. Por lo tanto lo siniestro se alza en lo familiar, lo cotidiano, lo conocido, y se oscurece al surgir una actitud que va en contra del curso normal de lo previsible, es cuando la imagen de la abuela, tan cercana con sus abrazos que dan ternura se transforma en el puente para conocer "el mundo de lo monstruoso".

A continuación se diferenciará terror de horror, con la finalidad de desligar sus significados; el primero estará más ligado a la amenaza contra la vida; el segundo con la visión: ¿qué hay más allá de la muerte y lo desconocido? Dónde se demostrará que el término "horror" es el más adecuado a la literatura

de misterio que surge en los relatos contados en el contexto de la noche, en pueblos como San José de Bolívar.

El terror estaría más del lado de la irrupción afectiva que atenta contra la vida. En este sentido, sería un afecto surgido en situaciones límite que ponen en riesgo al yo. Warren define al terror como una "manifestación aguda de miedo, que por lo general se desarrolla súbitamente, no se domina y dura poco tiempo". En cambio, el horror "es un miedo causado por una cosa terrible y espantosa. Fig. Atrocidad, enormidad" (Prats y Rovira). El horror parece ser un sentimiento más elaborado y relacionado con cierta sensibilidad intelectual. Aunque el terror puede ir acompañado del horror ante la perspectiva intelectual de la muerte, es la amenaza de muerte y no su visión intelectual, lo que suscita terror, de tal modo si la muerte se consuma, el terror pierde sentido porque la vida no está en riesgo. Mientras que el horror puede proseguir (Quintana).

En términos que articulan lo dicho hasta aquí, señala Freud que lo heimlich (lo familiar) se fractura cuando las personas pueden reaccionar contra "algo" que va de la mera inquietud intelectual y que intenta digerir la desfamiliarización, hasta el desarrollo franco del horror. En ambos casos, lo inquietante y lo horroroso, son los adjetivos dados al efecto psíquico que produce esa representación imposible, sin embargo, irrumpe desde el seno de lo que se percibía familiar (heimlich). Allí en lo familiar coexisten dos cauces de significado: uno correspondiente a lo familiar, y otro a lo horroroso. Pues bien, cuando ambos confluyen, la sustancia que se forma da nacimiento a esa intersección de lo siniestro, y éste "nos causa espanto precisamente porque nos es conocido, familiar".

El concepto de "lo extraño inquietante" que Freud desarrolla en su artículo de 1919, "Unheimlich"; traducido al

castellano como "lo siniestro", ya había sido estudiado por el filósofo alemán Schelling en el romanticismo con la noción de "extrañeza inquietante" como lo que ha quedado oculto, o secreto, pero es manifestado. Lo que antes era conocido, emerge bajo un aspecto horroroso, siniestro, que a su vez refiere algo familiar desde siempre y que estuvo oculto, en la sombra.

Lo siniestro brota en medio del recuerdo y el olvido; un agujero negro de desinformación se abre entre ellos. Y ante lo innombrado se da el nacimiento de lo atroz, lo siniestro; véase la leyenda transmitida por José Lubín Pulido titulada: *Llamado al Diablo*, donde la presencia de lo maligno es sólo lo que nace con el sentimiento del miedo. El protagonista del relato y el lector, sienten los más grandes temores hacia "eso", lo desconocido, que se escurre en las sombras, eso es el miedo, el no saber a qué se enfrenta los pobladores de San José de Bolívar en el puente del Diablo. Éste es el caso que sostiene Lovecraft de un horror absoluto ante la presencia en sus relatos de un "desconocido absoluto"; mientras que Freud señala, que el horror definitivo es aquel que conlleva a lo más familiar, lo más cercano e íntimo de la víctima que padece este sufrimiento. El punto de vista de Lovecraft es que sus criaturas horripilantes al enfrentarlas en la realidad de lo cotidiano hacen que la humanidad le tema a mundos paralelos innombrados, mientras que Freud rebasa los límites del horror al acercarle lo más posible al hombre, a su entorno familiar. Los monstruos de Lovecraft están en las sombras y en otras dimensiones, los temores de Freud están a un paso del hombre, quizá debajo de la cama, en el armario o subiendo la escalera al ático.

En un escrito de Abbadie intitulado Los caminos del horror se afirma que "la clave de la literatura de horror es la in-

certidumbre. La obra debe confundir los límites entre lo real y lo fantástico, al grado de que el lector sea incapaz de distinguir con certeza lo uno de lo otro". Y esa incertidumbre aparece en ese ser innombrado en relatos de misterio y horror como: *El beso del espectro* de Luis López Méndez, *El almohadón de plumas* de Horacio Quiroga, *Casa tomada* de Julio Cortázar, *Claves* de Salvador Garmendia, por nombrar algunos.

Lo siniestro, lo que es familiar, y a la vez extraño, como el argumento de *El Exorcista* de Blatty, donde la madre sabe que Regan MacNeil es su hija, y sin embargo no lo es, en esta película encierra esa característica de la irrupción de lo extraño a lo cotidiano de un hogar, en este caso desde la temática de la posesión demoníaca, que también lo observamos en el relato *Secundino Rojas, el exorcista.*

Al llevar estas teorías a los cuentos de camino compilados en el municipio Francisco de Miranda, capital: San José de Bolívar, nos damos cuenta que nuestro pasado guarda una hermosa riqueza cultural, un caudal de relatos de la oralidad que han ido pasando de generación a generación. Hoy esas narraciones han sido escritas para que no se pierdan en el olvido; cumplen así, la santa tarea de nuestro padre literario, el gran Homero, autor de *La Ilíada* y *La Odisea*, la de no dejar morir nuestras raíces y creencias; en nuestro caso la concepción de diversas "criaturas de la noche", a los que la cultura del campesino ha ido abonando hasta hacerles parte del imaginario nocturno del Río Bobo. En este sentido el pueblo de San José de Bolívar está lleno de una fastuosa literatura, llamada "oral": donde en la mayorías de los casos el hombre de campo debe enfrentarse a seres demoniacos como el diablo, el silbón, la llorona, las brujas, los duendes, entre otros que conforman el rico legado

folclórico-cultural riobobero[1], patrimonio de nuestras raíces andinas. Y el "riobobero" (nombre o término como se designa a los aldeanos nativos del pueblo de San José de Bolívar), siempre ha estado ligado a estas creencias de espantos o seres de la noche, y en este texto se ha tratado de recuperar una pequeña muestra de lo más representativo, lo que no ha sido devorado por la mala memoria y el olvido, lo que aún está presente en el rincón de los recuerdos de los abuelos.

Entre leyendas e historias está hecha la evolución de nuestra comarca, misterios que parten desde los milagros del santo patrono San José, hasta personajes que invitan al diablo para que los lleve al "pueblo del confín del mundo"[2] en su carro de la noche; o hechiceras con sus brebajes, brujerías y maleficios; la maldición de un hombre lobo en la familia. Hombres aventureros que se internan en la oscuridad de la noche sin importarle lo que puedan encontrar en el camino; casonas invadidas por espíritus, o el caminar silencioso de almas de las tribus ancestrales de los indígenas conocidos como "Babuquenos"[3]. Todo lo anterior descrito ha ido siempre al lado del culto religioso, con ello el riobobero ha corrido de su pueblo lo maligno, aquello que se esconde en la noche, en lo incomprensible, en lo desconocido.

Narraciones que hemos aprendido escuchando de nuestros abuelos, a quienes molestábamos para que cada noche nos

[1] Nombre proveniente de Río Bobo, como se conocía al Valle del Espíritu Santo antes de denominarse San José de Bolívar. Hace 13 años planteé la hipótesis de que Río Bobo provenía de una tergiversación lingüística de Río Babu, referente a Babuquena; lugar de aguas con asentamiento indígena en la zona nombrada.

[2] Término impuesto por el autor al pueblo de San José de Bolívar, en un artículo publicado en *Diario La Nación* en el año 2000.

[3] Se refiere a los aborígenes situados en el valle del Espíritu Santo. Babuquena: lugar de las aguas, en Raúl Salcedo. Publicaciones Humogría. Folleto N° 45.

relataran un "cuento de horror"[4]. De su lenguaje y sus manos brotaban un sin fin de personajes, donde el diablo, las ánimas solas, mujeres vampiras, los hechiceros y brujos, hombres lobos, duendes, se mezclan para conformar la unidad de leyendas del poblado. Narraciones extraordinarias que he tratado de recuperar, para que un día no muy lejano no se las coma el tiempo y el olvido. Y como muy bien lo decía Poe al crear su fascinante y monumental obra: "*Los que leéis estas líneas, estáis todavía entre los vivos; pero cuando esto hagáis, yo habré partido mucho tiempo antes hacia las regiones de la sombra, pues sucederán acontecimientos inauditos, muchos secretos serán revelados, y transcurrirán siglos y eras antes de que estas palabras sean conocidas por los hombres. Cuando las conozcan, muchos no las creerán; otros, después hallarán objeto de meditación en los caracteres que voy a trazar con mi estilo de hierro sobre esta tablilla encerada*".

Un día de febrero del año mil novecientos ochenta y ocho, que se pierde en el tiempo, encontré en la Tumba Desconocida (esta construcción aún se observa hoy día en el pueblo) un fragmento de un poema escrito a lápiz, de un poeta desconocido, indago que nacido en este "pueblo de las aguas", y el mismo ya borroso por la intemperie decía lo siguiente: "Mis pasos salen de nuevo de las cavernas de Altamira, cuando mi piel era de barro y Dios aún no me había dado el soplo de la vida".

Esta frase anónima nunca la olvidé, y respetando el lugar de los muertos dejé aquel manuscrito sobre el mausoleo. Días después volví y dicho papel había desaparecido, más no de mi memoria. La Tumba Desconocida seguía allí desafiando al tiempo, esbelta, erecta, me recordó por un instante las ruinas egipcias, un sudario de esos de muerte me envolvió y un fan-

[4] "El horror como motivo en el cuento latinoamericano y del Caribe". Tesis de Grado del autor. ULAT. 2004.

tasma me dijo: "Seguidme audaz". Fui trasladado en un trance años luz al lugar de los muertos, allí un niño que a su vez era un anciano me hablo: "Observa José Antonio, conserva en tu mente lo que has visto, el fuego de los dioses está contigo". Desperté. Regrese de mi delirio, allí estaba aún el fantasma, sonrió y se desvaneció frente a mis ojos. Comprendí que el pueblo estaba envuelto en un manto de misterio y que aquí como en los personajes de Juan Rulfo, los vivos caminaban con los muertos.

Quizá ninguna otra frase me haya causado tanta zozobra en un texto como las siguientes: "Las palabras se alzaron como aves nocturnas de horror y de muerte; temblaron como llamas en el aire tenebroso y contagiaron su fuego letal a mi cerebro", estas palabras están en *El Vampiro Estelar* de Robert Bloch. Esa misma sensación la sentí cuando mi tía Ramona expresó aquella noche distante la siguiente frase; "el extraño visitante abrió el falso, y se dirigió a la Casona", en la leyenda *El extraño jinete.* Un libro "es una cosa entre las cosas, hasta que da con un lector, con el hombre destinado a sus símbolos" – decía Jorge Luis Borges. Quizá este nuevo texto anda en esa búsqueda, la rosa es sin por qué, dijo en su momento Ángelus Silesius; años después Umberto Eco nos reflexionara con la expresión latina "Stat rosa prístina nomine, nomina nuda tenemus" (La rosa primigenia existe en cuanto al nombre, solo poseemos eso, simples nombres).

Alan Dean Foster escribió en su texto *Alien, el octavo pasajero* que:

> Siete soñadores. Entiéndase que no eran soñadores profesionales. Los soñadores profesionales reciben buena paga, respeto, son talentos muy bien cotizados. Como casi todos nosotros, estos siete soñaban sin esfuerzo ni disciplina. Soñar profesionalmente de modo que los propios sueños puedan ser registrados y repetidos para en-

> tretener a otros es algo mucho más difícil: requiere la capacidad de regular los impulsos creadores semiconscientes y de estratificar la imaginación, combinación extraordinariamente difícil de lograr. Un soñador profesional es, simultáneamente, el más organizado de todos los artistas y el más espontáneo. Trama sutil de especulación no directa y torpe como la de usted o la mía. O la de estos siete soñadores.

Este libro sobre el pueblo de San José de Bolívar es más que un sueño. Somos soñadores, eso es cierto. Pero no soñadores de palabras. Las palabras están allí, sólo hay que buscarlas. Espero que estas palabras que deambulaban en el viento perduren, ya que de ellas sólo nos quedarán estas palabras, como dice el amigo poeta José Gregorio Vásquez, palabras llenas de silencio...

María Isabel Zambrano

Los cuentos de horror narrados de noche por la nona

Cada noche me acercaba a mi nona María Isabel para que me relatara algún cuento de espantos. Como un viejo y sabio libro mi abuela escogía de su repertorio una leyenda o uno que otro "relato de horror".

Otros días, cuando caminaba a su lado para dirigirnos a la vieja casona en el caserío San Rafael, mi abuela me iba describiendo el pasado de mi pueblo y así ella fue moldeando en mí el escritor o ladrón de historias en lo que me he convertido, una especie de "Robin Hood Literario" para los niños de mi pueblo. A veces cuando ella viajaba a Queniquea a visitar a la tía Flor, en la tarde esperaba con ansias a mi nonita. Yo sabía que me iba a traer un caramelo o el famoso "pan tostao" para saborearlo con el café de aquella tarde. Mi abuela siempre mantenía en los bolsillos de su abrigo muchos caramelos y antes de empezar una de sus tantas narraciones nos obsequiaba a todos un dulce; a Pedro, a Nixon (a quien mi nona llamaba Ciriaco por lo tremendo), a Gerson Wuili, a Genry Pablo Reyes, a Luis Ratón y a María Isabel, la nena. Lucero Katherine aún no había nacido.

En ocasiones la abuela me hablaba de su infancia, cuando había quedado huérfana de diez años, y como ella crió al lado de mi tío Rafael Zambrano a sus hermanos. Tío Rafael, ganó su primer jornal en una tarde soleada, al terminar la labranza empezó a jugar una partida de naipes y les ganó a todos sus compañeros, compró una cabeza de cochino para la cena de aquel día lejano en

mis recuerdos. La abuela nos hablaba del "aguamiel de caña" en los días que no tenían nada que comer durante la peste que llegó al pueblo en el año 1921.

Luego mencionaba a su hijo, tío Baudilio, quien murió muy joven. Él en las tardes se recostaba en el corredor de la vieja casona en San Rafael, empezaba a entonar y a crear canciones en su viejo requinto, así mismo nos relataba del duelo inmortal de tío Baudilio con el Diablo.

Mi abuela luego se retiraba a dormir hasta el otro día, para continuar con sus enseñanzas llenas de amor y gran ternura, nos daba un beso de despedida en la mejilla, todos a la cama, a soñar con la abuela y con todas aquellas "criaturas de la noche" que brotaban de su dulce boca.

Esta compilación de relatos de la oralidad para los niños de mi pueblo San José de Bolívar se debe a múltiples factores, el primero la memoria de los abuelos Apolinar Labrador y Altagracia Peñaloza, mi abuela María Isabel Zambrano, los señores Antonio Santander, Pedro Pulido Parra y Antonio Carrero, el cronista Lubín Pulido, al amigo Elvidio Márquez, a las señoras Ramona (Eufemia) Pulido, María Guadalupe Escalante y Josefa Zambrano.

La imagen del Santo Patrono: San José

En el lugar llamado "Los Amarillos", caserío de la Mesa de San Antonio, aldea cercana a nuestro pueblo fue cortado un cedro del cual se tomó una parte para tallar una imagen por el renombrado ebanista y escultor José Atanasio Cárdenas Zambrano.

Cortado el cedro fue transportado por él, y unos amigos a "La Vega" (hoy sitio llamado "La Caña brava") propiedad de don Jesús Cárdenas, allí fue transformado en la milagrosa imagen del patriarca San José, patrono de nuestro Municipio. La fecha en que fue elaborada, data de mil ochocientos ochenta y siete.

A partir de esta fecha han nacido muchas leyendas en torno a la imagen y sus milagros. Se cuenta que en mil novecientos veinte, cuando se llevaban a cabo sangrientas luchas entre los pueblos de Queniquea y San José de Bolívar, venía hacia el pueblo una tropa del general liberal Juan Pablo Peñaloza con el plan de atacar a los rioboberos que eran del bando de los conservadores y gomecistas. Llegaron al sitio de "La Esmeralda", hoy Santa Filomena esperando la orden de ataque. Los habitantes de San José de Bolívar al ver aquello huyen a esconder a las mujeres adultas y señoritas por temor a violaciones, los animales son llevados a "La Cimarronera". Queda en el poblado Don Juan Epifanio Pulido acompañado de Don José Silva y uno que otro vecino, sacan la imagen a la plaza, encendiendo algunas velas. Sin saber ni cómo ni de dónde se presentó un ejército

de más de seiscientos hombres a detener el avance de la tropa liberal. Según la leyenda en ese momento no se encontraba en el sitio de combate ni un sólo hombre y las tropas contrarias pensaban tomar al pueblo por sorpresa y al observar aquella cantidad de luces huyen despavoridos[1]. La oralidad atribuye este milagro a San José, patrono del pueblo.

En otra ocasión fueron a retocar la imagen por encontrarse muy desfigurada. El artista, al poner la brocha en la imagen pudo observar que brotaban de la misma pequeñas gotas de sangre de los ojos del patriarca, enseguida, la imagen estaba transformada como la habían conocido desde sus inicios todos los rioboberos.

Son muchos los milagros que se atribuyen a San José, nuestro Patrono. A la par de la leyenda y la historia de la imagen tanto material como espiritual de San José, se ha ido formando y creciendo en nuestro poblado la voluntad y carisma de ser "riobobense"[2], para seguir aclamándole como su especial protector. En la actualidad la imagen reposa en un nicho de madera, logrando así proteger a esta obra del arte cristiano andino del siglo diecinueve.

---

[1] Esta parte de la leyenda de este milagro nos fue transmitida por José Lubín Pulido. El resto de la leyenda fue tomado de la revista *Ensayo* N° 1, dirigida por el padre Santos en 1977.

[2] *Riobobense* es el termino que ha propuesto el autor como gentilicio de la comarca en vez de *riobobero*.

Unos pies con barro

Entre tantos milagros adjudicados a San José, el santo patrono de los rioboberos, don Altagracia Peñaloza me relató una tarde el siguiente: "Por allá en los años de mil novecientos, cuando habían tantas disputas entre rioboberos y queniqueos, sucedió un milagro que cambio el destino de los dos pueblos. Los queniqueos querían llevarse la imagen de San José para Queniquea, y colocarla en su santa Iglesia. Ese día hubo tiros y garrotes, pero los queniqueos terminaron por ganar la batalla, y como símbolo de victoria, la imagen del santo patrono fue llevada al lugar de los indios queniques. Los rioboberos cansados, vencidos, tristes y humillados, invocaron sus oraciones al santo patrono, por los muertos que habían quedado aquel día, en las calles de piedra de San José de Bolívar. Todos los habitantes cabizbajos se retiraron a sus casas, unos a llorar, otros a rezar sus muertos y otros a pedir a San José, por tanta humillación. La imagen de San José fue custodiada en Queniquea por varios hombres, en caso de un asalto al pueblo por parte de los rioboberos. Esa noche una tempestuosa lluvia inundó en barriales las trochas y caminos, siendo imposible andar en ellos.

Al otro día, cuál sería la sorpresa para los queniqueos, la imagen del Patriarca había desaparecido sin dejar rastros. Mientras que en San José de Bolívar un cantar de júbilo se dejaba oír y un murmullo de plegarias al Todopoderoso. La imagen del Patrono estaba en el lugar de donde había sido ul-

trajada, sus piecitos estaban llenos de barro. Desde ese día los queniqueos no volvieron a meterse a lo referente con Dios y la iglesia de nuestro pueblo. Han sido muchos los milagros del Patrono relatados por sus devotos... ".

San José
(Foto de Rómulo Enrique Romero)

El misterio de las aguas

Cuentan los más viejos, que en el páramo de "La Cimarronera", moraban tiempo atrás los indios Babuquenos, cuyo nombre indígena significaba en este terruño "lugar de las aguas", en homenaje a una aborigen de nombre Babú, una antigua princesa indígena que simbolizaba el agua. Los indígenas siempre se agrupaban a adorar a esta princesa encantada, que reposaba en una laguna, y que para los viejos Chamanes guardaba el espíritu de la princesa rebelde.

En dicha laguna pesaba una maldición o encanto.

Se rumoraba que en ocasiones la laguna habría su corazón y dejaba traspasar la luz del sol hasta el fondo de la misma, donde se apreciaba un inmenso y rico tesoro.

A este tesoro seguía la voz de una mujer hermosa, quien invitaba a sus moradores a tomar aquellas joyas invaluables.

Todo aquel que se internaba en las profundidades de las aguas, jamás volvía a regresar a la superficie.

Es por ello que cuando se visita tales parajes –comentaba la abuela María Isabel– los baquianos o guías de camino advierten a todos los turistas que observen, que admiren, pero que no se dejen encantar por las aguas del páramo de "La Cimarronera".

Unas alpargatas decidieron nuestros límites

El padre Juan Francisco Santos recuperó en su revista *Ensayo* un relato que describe como a finales del siglo XIX se trataba de precisar los límites para las dos jurisdicciones vecinas: Queniquea y San José de Bolívar. Para aquellos tiempos no existía aún la carretera, las trochas de mala muerte no eran nada agradables para pasar.

A todo esto el Jefe Civil del municipio Queniquea solicitó al de San José de Bolívar los servicios de un baquiano para encomendarle la decisión de señalar los límites.

El hombre elegido salió una madrugada, no se sabe qué día ni que mes. Sí se sabe que caminó muy duro, sin importarle las malas condiciones del terreno. Pero llegó un momento en que las pobres alpargatas no aguantaron más y se desintegraron en función del servicio.

Aquel hombre para proseguir su cometido solicitó al Jefe Civil de Queniquea otras alpargatas, al notar aquel baquiano que no recibía respuesta, decidió continuar su camino descalzo, no recibió las elementales alpargatas.

El buen hombre optó por el camino más fácil y seguir el curso del río y no el de la cumbre, esa fue la definitiva solución, todavía vigente en nuestros días. El río Bobo fue desde ese día la línea divisoria para los dos Municipios.

La señora de la luz

La señora de la luz está inspirada en una leyenda de la época de los montoneros de Juan Pablo Peñaloza.

En una noche de neblina, chubascos y rayos, cruzó por el espacio un lucero luminoso, que fue a chocar contra la cima de un monte. Un riobobero, llamado Juan Romero; siguió la trayectoria del lucero, corrió hasta donde se había estrellado aquella extraña luz y cuál sería su sorpresa al ver que en aquel lugar cerca de la quebrada El Topón, se hallaba una recién nacida abandonada a su suerte. Juan –contaba Eucaris Romero– recogió a aquella niña y la llevó a la casa del pueblo, su mujer la atendió y buscó a una nodriza para que la amamantara. Pasaron los días y Juan fue a Queniquea a contar al sacerdote Esteban Sánchez lo que había ocurrido, tenía miedo ser acusado de robo. Las murmuraciones no se hicieron esperar, dijeron que era una hija ilegítima de Juan, otros señalaban que era hija de un señor muy importante de la zona con una pobretona, unos fueron más lejos y dijeron que esta niña era producto del pecado del cura con una de sus feligreses y paren de contar.

El padre Sánchez decidió anunciar el hecho por si alguien sabía sobre los padres de la niña, no hubo respuesta y los comentarios crecieron, en vista de lo cual, la niña fue criada por Juan y su familia. Fue bautizada con el nombre de Irene y se dedicó a las labores propias del hogar. Su belleza crecía en el tiempo como en fama. Un día la paz de aquellas apacibles montañas

se vio alterada por un tiroteó feroz, la gente del pueblo por las calles y por la plaza tratando de encontrarse sin encontrar donde esconderse. Los problemas de la guerrilla con el Estado, habían formado una liga de guerrilleros contra Gómez y su pariente Eustoquio. En 1920, el presidente del Estado: Eustoquio Gómez, procedió contra los rebeldes haciendo una persecución a los montoneros en Pregonero, los del gobierno quemaron al pueblo, donde éste movimiento de montaña había alcanzado mayor fuerza de la mano de Juan Pablo Peñaloza. En San José de Bolívar habían matado al Jefe Civil Emiliano Contreras, y uno de estos montoneros de nombre Vicente había raptado a Irene.

Contaba Eucaris Romero que de pronto la puerta de su casa se vio abatida por un pelotón del ejército, éste entró con furia destruyendo todo a su paso. Irene, resultó ser el blanco de aquellos hombres, que al verla quedaron prendidos y anonadados de su belleza. Uno de ellos la tomó en vilo y la raptó del lugar, llevándosela con él, era un soldado liberal; de nombre Vicente.

Lo que se sabe de Irene después del rapto es un misterio, señalan que al ser raptada se golpeo en la cabeza y duró inconsciente por muchos días y Vicente arrepentido por aquello se dio un tiro en la cabeza. Mientras Irene agonizaba en una fiebre incandescente, los montoneros relataban que la llevaron cerca de una quebrada y la dejaron allí a la diestra de Dios.

A los días su cuerpo fue encontrado por campesinos de la zona, llevado al cementerio de San José de Bolívar y enterrado en la tumba de la familia Romero Vivas. Aquella noche el pueblo observó un lucero incandescente que brotó de la montaña del Topón al firmamento.

Con los años, la tumba de Irene –para sorpresa de los habitantes de San José de Bolívar– estaba incorrupta, por lo cual se decidió volverla a enterrar y posteriormente abrirla a los quince años para llevar ese milagro a Roma. Por segunda vez la tumba fue abierta y el cadáver de Irene seguía igual, pero los vecinos muy creyentes volvieron a enterrar el cuerpo y la familia guardó lo concerniente a este caso.

Hoy es un relato en la voz de muchos abuelos, Eucaris y Candida Romero señalaron en su tiempo, que su padre prohibió hablar de Irene, quién murió virgen en las manos de malhechores, como se refería don Luis Romero a los montoneros. Lo cierto es que después de su muerte, muchas veces fue vista la figura de una mujer envuelta en una radiante luz a las orillas de la quebrada de El Topón. La última vez contemplada fue en 1987, cuando apareció el cadáver de un niño recién nacido en aquel lugar.

Las Sorjiñas

Cuenta mi padre que le contó mi abuelo, que en el pueblo de San José de Bolívar han ocurrido muchas cosas en el pasado del cual se guardan los más grandes recuerdos horrorosos de nuestros antepasados. Como es sabido las familias llegadas al Táchira en el siglo XVI, eran todas procedentes en su mayoría de Castilla, de Asturias y de los países vascos. Con ellos no sólo vinieron los dioses cristianos, sino otros tipos de cultos.

Durante los primeros años de la "Independencia", estas familias españolas estaban repartidas por la región, muchas de ellas llegaron incluso a la meseta de Queniquea y otras al Valle del Espíritu Santo. Al verse hostilizadas por las fuerzas revolucionarias, lo primero que hacían estos aldeanos al llegar a algún lugar de asentamiento era bendecir el lugar y levantar una capilla a Dios.

Entre estos acontecimientos contaba el bisabuelo Domingo Pulido a sus hijos, entre ellos al abuelo José Antonio la leyenda de "La Sorjiña". A este espanto o aparecido se enfrentó el bisabuelo Domingo, una noche de tempestades y chubascos.

Durante todo el siglo XIX en la región, la gente fue temerosa a este espanto, pues aunque no se crea desde La Grita a Bailadores, desde San Bartolomé del Cobre a San Cristóbal y, del Río Bobo a la meseta de Queniquea, señalaban los abuelos que las brujas en el poblado, "de que volaban, volaban".

Don Domingo Pulido y otros vecinos se atrevieron una noche a visitar el cementerio de San José de Bolívar por allá a finales del siglo XIX, se encontraron con un cuadro horrorizante, en medio de dos tumbas estaban tres mujeres vestidas de negro, les cubría el rostro un velo, como el que acostumbraban usar las mujeres para resguardarse el rostro cuando entraban a la iglesia. El cuadro no podía recoger algo más monstruoso, una de las participantes estaba degollando un gallo de color rojo y vertía la sangre sobre una de las tumbas. Al percatarse la presencia de visitantes, las tres mujeres se transformaron en gallinas de color negro, empezaron a revolotear hacia el centro del pueblo, una de estas gallinas fue atrapada y le rasparon la cabeza, costumbre que se tiene para saber al amanecer quién es la bruja. A las otras se les convidó a pedir sal al siguiente día.

Por muchas noches aquellas mujeres infernales llegaron al techo de la casona de Los Paujiles a molestar a bisabuelo Domingo, pero este creyente en Dios, desparramó palma bendita por toda la finca y abarrotó las puertas de su casa. Pasó el tiempo y no se volvió a oír más nada de las "Sorjiñas".

Al pasar de los meses, tres respetables mujeres del pueblo fueron bendecidas por el sacerdote de Queniquea don Pancho Higuera, quién las atrajo de nuevo al culto cristiano, así se cree se acabaron con estas creencias. Narran los abuelos que las Sorjiñas, por ser devotas al culto de San Jorge (la resurrección del Dragón), al morir se convertían en espantos que se alimentaban de difuntos, y salían al mundo de los vivos el día de San Juan, es decir, el 23 de junio. Muchas damas de San José de Bolívar del siglo XIX adoraron este culto y se reunían el día de San Juan.

No hace muchos años atrás (25 años aprox.) se señalaban a dos o tres mujeres de nuestro pueblo de seguir siendo devotas a este culto. En el culto, las Sorjiñas llevaban un gallo rojo para

recordar al gallo de la pasión que era degollado en un caldero, o un gato negro...

Otro de los datos encontrados sobre esta historia, es que las Sorjiñas pueden entrar tan sólo a la iglesia por la puerta de los hombres para escuchar misa y si a estas (las brujas) se les coloca al estar dentro de la iglesia una cruz de palmo bendito detrás de la puerta de los hombres, las Sorjiñas no pueden volver a salir del recinto sagrado hasta que alguien retire dicha contra.

Este quién les escribe piensa que para no pecar de engreído: El hombre sabio sabe que no sabe y calla. Un hombre prudente respeta lo que escapa a su dominio. De allí que no nombre los apellidos relacionados con brujería en San José de Bolívar.

La carretera

Serían más o menos las cuatro de la madrugada cuando el señor Antonio Santander le dio la cola a un hombre en la carretera del páramo del Zumbador, en un lugar que llaman Las Perdices, ese señor empezó a hablarle y le relató lo siguiente:

"Por allá en los años del general Juan Vicente Gómez, cuando se estaba construyendo la carretera Zumbador-Queniquea-San José de Bolívar, la misma madre naturaleza no permitía tal construcción.

Empezaban una travesía por un lugar y aparecía un abismo o una roca de dimensiones muy grandes.

Se cuenta que una noche, a eso de las once en punto, en la aldea Los Barros (Queniquea), observaron como un extraño aparato bajó por aquella montaña haciendo un alboroto y destellando muchas luces, desde el páramo hasta el sitio de las Perdices.

Los aldeanos al día siguiente recorrieron el lugar o travesía por donde había pasado el fenómeno como trazando un camino.

Años más tarde la carretera Páramo-Queniquea-San José de Bolívar llevaría aquella trayectoria, que tiempo atrás un fantasma, espanto, ovni o no sé que, hubiese trazado. Así fue como se logro hallar la ruta para llegar a Queniquea y al pueblo del confín del mundo, San José de Bolívar".[3]

[3] El poeta y escritor riobobero Elvidio Márquez opina que ese extraño aparato era el carro del diablo que aquella noche llevara a don Ernesto Santander al pueblo, ver siguiente leyenda. La carretera del Zumbador a Queniquea se mandó a construir en 1937 por el presidente general. Eleazar López Contreras. En 1952 bajo el mandato de Pérez Jiménez se comienza la carretera de Queniquea a San José de Bolívar.

El pasajero del diablo

La neblina había caído a ras de piso en el páramo del Zumbador. Don Ernesto Santander había llegado en la tarde y no había encontrado con quien bajar al pueblo y la noche estaba por aparecer en el ambiente. Aquella era una tarde fría y la niebla comenzaba a envolverlo, el viento estremecía a los mismos árboles, entre ellos pinos y eucaliptos de la región. Era el año de 1924 y su reloj de cadena que llevaba en su paltó marcaba ya las seis y media, comenzaba a oscurecer y en el páramo los transeúntes y habitantes comenzaban a irse a sus casas.

Este riobobero esperaba con paciencia a un arriero de mulas que venía de Colon y debía trasladarse esa noche a San José de Bolívar, pero como pasaban las horas sin que éste llegara, tomó la decisión de pedir posada. Ya todo estaba ocupado y otros aldeanos no le abrieron.

Volvió a mirar su viejo reloj que le había pertenecido a su padre, sabiendo que tendría que dormir a la intemperie y seguir el camino a San José de Bolívar al día siguiente. En ese instante se dijo a sí mismo: *"como me gustaría irme ahora, así tuviese que irme en el mismo carro del diablo"*.

Para esos tiempos la carretera transandina pasaba por El Zumbador vía La Grita, la construcción del tramo de El Zumbador a Queniquea estaba en manos de presos bajo el mandato de Eustoquio Gómez, por lo cual nadie se atrevía viajar por allí de noche, ya que eran caminos de bandidos

que dirigía el temible Reinaldo Flores desde las ladera de ese páramo inclemente.

A media noche don Ernesto Santander levantó su cabeza que la tenía envuelta en su sombrero y ruana, divisó entre la neblina los faros de un automóvil que se acercaba. Dicho vehículo era de color negro y en el capó tenía una calavera de plata. A don Ernesto se le estremeció el alma recordando las palabras que había pensado horas antes....

El carro se detuvo enfrente de él y un caballero alto de piel blanca le preguntó: - *¿Hacia dónde se dirige amigo?*

-¡Voy pa` San José de Bolívar!

–Entre amigo que yo lo llevo y allá me paga.

Don Ernesto se montó receloso y cuando empezaba a acomodarse en el asiento del carro, aquel extraño hombre le dijo: – *¡Puede bajarse Ernesto que ya llegamos!*

Ernesto quedó pasmado y frío, observó a su alrededor y no podía creer lo que sus ojos estaban observando, estaba en la Plaza Bolívar de San José de Bolívar. Se bajó todo tembloroso y el extraño manifestó: *-Hasta aquí llego, pues usted me invitó a que lo trajera hasta su pueblo, a las puertas de su casa.*

Ernesto entrecortado la voz expreso: *-¿Cuánto será la carrera?*

El hombre misterioso le respondió: – *Dame unos cinco fuertes de plata, con eso basta por ahora.*

Ernesto sacó del bolsillo seis fuertes y se lo dio al chofer de aquel carro, el hombre le devolvió cuatro monedas. El carro dio una vuelta a la plaza y desapareció en la espesa niebla. De manera asombrosa en cuestión de segundos don Ernesto Santander había sido trasladado desde el Páramo de El Zumbador a San José de Bolívar. Al siguiente día en la bodega de don Ernesto, cuando este fue a "dar vueltos" intentó sacar las

cuatro monedas que la noche anterior había recibido del extraño en su asombrosa aventura y en su lugar encontró cuatro uñas largas y negras. No había lugar a dudas: ¡El misterioso hombre era El Diablo! Y don Ernesto por gracia de Dios había salido ileso pese a desear cosas que no debería[4].

Don Ernesto Santander

[4] Esta leyenda la escuche por primera vez en la voz de don Altagracia Peñaloza en 1990, luego el señor Antonio Santander en 1995, hijo de don Ernesto me dio otra versión, Lubín Pulido me la relató otros detalles, en base a eso decidí recrear de manera literaria la leyenda, incluyendo los datos de Eustoquio Gómez. Don Ernesto Santander por ejemplo nunca tuvo el reloj que de manera imaginaria recreo, ni una calavera de plata en el capó el carro del Diablo. Quería dejar claro esto para la posteridad, pues existen varias versiones de la leyenda en la población. Este texto es de mi creatividad literaria y fue publicado por primera vez en la revista Riobobense, el carpintero de la montaña.

La parranda del diablo

Contaba mi abuela María Isabel, que cuando niña en el caserío San Rafael, en la casa de un señor de apellido Peñaloza, una noche se armó una gran fiesta, a la cual estuvieron invitados todos los allegados de tan digna familia. Según mi abuela, este señor Peñaloza era muy parrandero y mujeriego, le daba mala vida a su esposa.

Se dice que a esa fiesta no falto nadie, que incluso el Jefe Civil del pueblo fue. La comida y el aguardiente se servían en abundancia, la fiesta se prolongó por cuatro días seguidos.

La quinta noche en la fiesta se apareció un forastero, pero como uno más del pueblo fue recibido. El hombre causaba sensación a todas las damas presentes y temor a los señores.

El extraño visitante era alto, de piel muy blanca, vestía un liqui-liqui andino de un color blanco muy radiante, unas botas de cuero negro con su polaina como las que usaba el General Gómez y un gran sombrero al estilo Carlos Gardel, poseía unos ojos grandes y profundos, color negro como el azabache y unos matices rojo candela en su mirada, el hombre tenía el cabello liso y negro, lo llevaba largo en forma de cola de caballo. Lo cierto es que este extraño, en cuestión de minutos entabló una pelea por una mujer, en aquel alboroto uno de los invitados mató a otro de una puñalada.

Cuando las cosas se calmaron buscaron al responsable, al extraño forastero, pero este se había esfumado como el humo.

Todos empezaron a rezar, el asesino fue apresado y esa tragedia quedó en el recuerdo de los habitantes de aquel sitio. En aquel lugar nunca más se volvió a realizar otra fiesta.

Los habitantes de San Rafael comentaron que ese había sido el Diablo y se había aparecido para que se dejara de hacer tanta fiesta mundana y se pusieran a trabajar.

El extraño jinete

En una noche cuando solíamos contar leyendas de espantos mi tía Ramona contó lo sucedido en la finca de mi abuelo muchos años atrás: "Una noche, abajo en el gran trapiche de "La Vega", después que se terminó de moler la caña, el abuelo prohibió a todos los muchachos, salir después de caída la noche de la vieja Casona. Mi tía porfiada, con las ganas de comerse un alfondoque[5] que ella había hecho aquella tarde y se le había quedado en el corredor.

Mi abuelo había cerrado las puertas muy temprano, ese primero de noviembre de mil novecientos cuarenta y cinco, donde según la costumbre, el día de los muertos, el diablo deambulaba en los caminos.

Mi tía se escapó por un hueco de la pared en la cocina, que por falta de bahareque no se había reparado, llegó al corredor y cogió su alfondoque y se metió detrás de una carga de leña para disfrutar de aquella delicia.

En ese momento, cuenta mi tía; "En el portal de la entrada a la finca llega un jinete muy extraño". Ella decía: "venía en un caballo blanco como el de Simón Bolívar, el hombre era alto, hermoso y muy bien parecido".

Mi tía quedó privada de miedo, el extraño visitante abrió el falso, y se dirigió a la casona, mi tía dijo que cada vez que el extraño jinete se fue acercando parecía emanar fuego que

[5] Batido de panela blanca.

quemaba a sus entornos, él se acercó a mi tía. Según ella tenía los ojos encendidos en llamas, y su dentadura era de un blanco impecable, el extraño hombre alzó su rostro demacrado, rió en forma espeluznante, haciendo orinar a mi tía del miedo.

Los llantos de mi tía atrajeron a los abuelos, al abrir las puertas observaron un jinete en llamas que se alejaba despavorido de la finca".

Así fue como se salvó mi tía de que hubiese sido raptada por el Diablo.

Las mujeres del diablo

–Púyale pa´ arriba –me dijo don Apolinar Labrador un día, yo le pedí que me contara un cuento de camino y me relató lo siguiente:

"Hace mucho tiempo en la época de mi general Juan Vicente Gómez, cuando yo era uno de sus soldados, sucedió un extraño caso por allá en el caserío La Costa.

Una noche de esas que no se duerme, por estar moliendo caña en el trapiche para hacer la panela, sólo habían quedado cuatro obreros, por ser la última molida y ya casi se había terminado la caña de moler. Uno de estos obreros cuyo nombre no recuerdo era un muchacho que no se metía con nadie. Lo trataban como el bobo del caserío. Las risotadas no se hicieron esperar, los obreros se burlaban a cada instante del joven haciéndole bromas.

Ya pasada las doce de la noche, se aparecieron en dicho trapiche tres hermosas mujeres. Los obreros dejaron sus quehaceres y empezaron a cortejar a tan bellas damas, pero el muchacho sintió recelo y un poco de miedo, se alejó de la parrilla y se colocó al lado de los bueyes, porque el trapiche era movido por estos animales. Las mujeres empezaron a juguetear y seducir a los tres hombres, estos ciegos por el placer no les importó nada, cada hombre se llevó a una mujer. Gemidos y suspiros se dejaban escuchar esa noche.

El muchacho temiendo que eso era algo del maligno, se metió debajo de los bueyes, considerados en el poblado como animales santos de protección, pues ellos eran los ayudantes de San Isidro Labrador.

Pasada una hora o más, se escuchó varios alaridos en el trapiche.

El joven no se atrevió a salir de su escondite.

Al instante observó a las tres mujeres manchadas en sangre, daban círculos alrededor de la yunta de bueyes, e invitaban al muchacho a salir y entregarse al placer. Pero el joven era prudente y no tenía nada de bobo como otros pensaban, esperó allí el amanecer.

A punto de salir el sol, el joven observó como las mujeres habían cambiado las expresiones de su rostro, llenas de ira y rabia le gritaban injurias y maldiciones, de sus ojos brotaban relámpagos de candela. De pronto un gallo cantó a lo lejos. Las mujeres desaparecieron del trapiche.

Al otro día el joven bajó al poblado, buscó al Jefe Civil y al sacerdote, estos subieron de inmediato y encontraron tres cadáveres sin sangre. El sacerdote bendijo aquel lugar, luego mandó a extinguir el trapiche para purificar el lugar de las hazañas diabólicas".

Después don Apolinar se despidió de mí con una palmada en las espaldas y así terminó su relato.

Melquíades y el diablo

Una noche en la plaza Bolívar, Melquíades Vivas me contó su aventura un tanto sarcástica con el Diablo, según él, "Mandinga" le dijo:

–Melquíades tú has tomado mucho, por lo tanto me voy a llevar su alma, a menos que usted demuestre que me puede ganar en cualquier cosa.

A lo que Melquíades contesto:

– ¡Ah mijito! Míreme el bracito. ¿Por qué me lleva a mí?

El Diablo le dijo:

– Ya es tu turno, no hay escape.

Melquíades se rió y le respondió:

– Bueno vamos a hacer una apuesta señor Diablo, usted me brinda un michito y el que se emborrache primero pierde. Si usted gana señor Diablo pues me lleva, si pierde usted me promete que me deja tranquilo.

El Diablo enarcó sus cejas y contestó: –Pues acabas de perder– dejando escapar una espeluznante carcajada. Lo que el Diablo no sabía era que Melquíades era un tomador de primera. Se cuenta que el Diablo nunca había probado el "miche callejonero", con el primer trago arrugó los cachos y la cola. Al amanecer Melquíades estaba como si nada y el Diablo estaba todo borracho, tirado en una acera de San José de Bolívar pasando el ratón.

Melquíades decía:

–Aquí es el único pueblo donde el Diablo se echa una pea y duerme tranquilo.

Así Melquíades le ganó al Diablo y continuó con su parranda, él mismo decía que a veces el Diablo venía a pedirle de vez en cuando un trago de miche para liberarse del estrés en el Infierno.

El espíritu de las aguas

Desde los principios de los siglos, se cree que las aguas tienen su espíritu y para hacer un recalque a estos mitos, Elvidio Márquez me contó la siguiente leyenda que escuchó de la voz de su madre Angélica:

"Contaban mis vecinos allá en Los Paujiles que a seis meses antes de la crecida del río Bobo, en el año mil novecientos noventa y seis. Por las riberas del Bobo, siguió apareciéndose un gigante hombre de blanco resplandeciente, como una estrella en forma humana que salía del agua y caminaba hacía el bosque perdiéndose de vista, dejando un pánico en los aldeanos que lo comentaban en las tardes de historias, leyendas y relatos asombrosos, cuando estaban reunidos ante una buena taza de café.

Dice mi mamá que este gigante luminoso es el espíritu del agua que sé muestra inconforme con lo que le hacen a sus cuerpos de agua cristalina.

Yo digo que es el espíritu de la diosa Babu que se muestra cuando el río tiene una crecida".

El hombre de los tres perros

Por los caminos, valles y montañas de San José de Bolívar, anda rondando el ánima en pena del hombre de los tres perros, expresa Elvidio Márquez frente a un pocillo de peltre lleno de chocolate:

"Dicen mis padres que esa es el alma de un hombre que no le hizo caso a la "Semana Santa". Pues él salió de cacería con sus tres perros y la escopeta un viernes santo. Como su tercer perro no seguía la huella de los venados, le metió un tiro en la cabeza.

Por esto Dios lo maldijo por el resto de su vida, enviándolo a vagar por el mundo por los siglos de los siglos. Dice mi papá y Salvano Gómez, que este hombre vaga por los caminos y carreteras, la persona que encuentra por el camino después de las doce de la noche, lo invita a caminar por la montaña, para que le ayude a buscar su perro perdido, caminan y caminan, buscando su perro, hasta que se deja oír el primer canto del gallo. Luego de esto lo deja perdido en el monte y con un cansancio, que no se puede parar uno de la cama durante los días siguientes".

La Sayona y el sombrero

Una noche a eso de las ocho, estando en el Ateneo de mi pueblo, el poeta Elvidio Márquez me decía, mientras yo ojeaba un texto de Poe, que el espíritu andino siempre se había caracterizado por ser arrogante, fuerte y cauteloso, siempre el andino le gusta enfrentarse a lo desconocido, lo intrigante, lo que puede producir miedo en su región. Luego me relató la siguiente leyenda mientras que el silencio de la nocturnidad inundaba a la casona de cuatro corredores bajo una de esas lluvias de agosto.

"Decía mi abuela Concha que a mi padre le han gustado las parrandas, y en una de esas noches cuando subía hacia Los Paujiles se le apareció la "Sayona" o "Dientona" como se llame.

Esa noche mi padre estaba en una fiesta en el pueblo, ya pasadas las doce de la noche y habiendo terminado la fiesta sus amigos le decían: ¡Mira... Domingo no sé vaya! Mi padre se sentía fuerte en su caballo indomable al igual que él, así emprendió su travesía por el camino y se fue.

Después de haber atravesado la quebrada Paujilera, el caballo comenzó a dar saltos, así continuó hasta llegar a la primera curva, unos metros más adelante a mi padre se le cayó el sombrero por los brincos del animal. Este detuvo el caballo y se bajo del mismo, cuando fue a recoger su sombrero apareció ante él una mujer muy linda, toda vestida de blanco. Mi padre receloso y con un poco de miedo se subió al caballo, pero la

hermosa mujer empezó a crecer, aumentando su estatura de tal manera que igualaba a mi padre que estaba montado en el corcel, y su rostro se le empezó a desfigurar mostrando unos grandes colmillos, fue tanto el susto que mi padre dejó su sombrero y emprendió veloz carrera hasta llegar a la casa de mis abuelos en el cerro, y no miró más para atrás.

Al amanecer, el caballo que lo había herrado la tarde anterior apareció sin herraduras. El sombrero se lo cargó la Sayona.

Dice mi abuela que mi padre duró como un año sin salir de la casa por la noche y las veces que lo hacía llegaba temprano".

Un vuelo con el diablo

Una tarde de esas de lluvia y neblina contaba Salvano Gómez en la cocina de la casa de Elvidio Márquez, que una vez reunido con un grupo de trabajadores en un lugar de la aldea Los Paujiles llamado el Mazamorro, se les hizo de noche, charlando para divertirse, de mujeres, diciendo morbosidades. Entre ellos estaba un señor de nombre Hilario Vivas, él no hablaba ni decía nada. Llegó un momento en que Hilario desapareció del rancho. Al no aparecer comenzaron a buscarlo en los alrededores. Pasó un tiempo de veinte a treinta minutos y el pánico entre los demás obreros se hizo insoportable.

De pronto un grito de un obrero se escuchó, el señor Hilario estaba en el cerro del frente y pedía que lo auxiliasen. Los obreros corrieron a socorrerlo, lo encontraron tirado en aquel monte, todo arañado y sin haber dejado algún rastro por donde había llegado allí.

Hilario estaba temblando de frío y muy asustado. Dicen los obreros que lo llevaron al rancho, allí les contó que se había quedado en un sueño profundo y sintió que volaba, se despertó ese instante en el bosque cercano.

Dice Salvano Gómez que allí empezaron a rezar el rosario y se sintió un olor a azufre, lo que llaman "miaos del Diablo". Dicen mis padres que como este señor no decía vulgaridades, a lo mejor sólo las pensaba, el Diablo se lo cargo por no compartir con los otros obreros y como dice el refrán: "Que es más malo pensarlo que hacerlo".

El abuelo Balbino y los doce zorrocucos

En la aldea Los Paujiles, en la finca El Tesoro, una tarde el abuelo Balbino Guerrero le contó a Elvidio Márquez, que años atrás, en una tarde lluviosa de agosto, él y otros amigos empezaron a remedar[6] a los zorrocucos (búhos).

A eso de las once de la noche en la vieja casona empezaron a llegar zorrocucos, hasta que hubo doce. El abuelo empezó a espantarlos y nada que se iban, salían volando pero volvían al corredor de la casona.

Unos estaban en la sala, otros en el aposento, otros en la cocina. El abuelo Balbino fue y buscó su escopeta para ahuyentarlos.

El abuelo le disparó a uno de ellos, el animal cayó al suelo, pero volvió a levantarse, echó a volar.

El abuelo al observar ese episodio y como buen creyente en Dios, indagando que esto era una cosa del maligno se dirigió a la sala y empezó a rezar frente al altar de santos, tomó una imagen del Santo Cristo contra su pecho.

En ese momento los zorrocucos levantaron vuelo y se perdieron en la oscuridad de la noche.

En el pueblo de San José de Bolívar se considera a los zorrocucos como aves de mal presagio o entes del mal.

---

[6] Imitar.

El hombre lobo de Los Paujiles

Por allá en el año mil novecientos treinta y tres, el tío abuelo Pedro Rafael Pulido Chaparro, se dirigía a la finca en la aldea Los Paujiles. Cuando estaba llegando a La Cuchilla, se le apareció un perro lobo, cuentan que de sus ojos emanaban fuego. El tío abuelo Pedro Rafael tomó su machetilla para defenderse, más no la había sacado cuando el animal se abalanzo sobre su cuerpo.

Al otro día encontraron al tío abuelo tirado en un potrero de la finca, él les contó a sus hermanos lo sucedido, que lo había mordido el Diablo. Desde ese día el tío abuelo se aíslo de la vieja casona y construyó un rancho en la montaña del frente, se empezó a dejar crecer la barba y a vivir como un ermitaño.

Contaban que en las noches se le veía en las montañas corriendo como una fiera salvaje. Todos lo consideraban un loco, unos decían que había sido poseído por el Diablo, otros decían que el alma del perro lobo se había introducido en su alma y estaría con él hasta el fin de sus días.

Por este tiempo azotó a San José de Bolívar una epidemia de Fiebre Amarilla y Tuberculosis. El tío abuelo Pedro Rafael se infectó con una de estas enfermedades, por ello fue apartado y puesto en cuarentena.

En estos días murieron muchas personas, pero el tío abuelo aún seguía vivo con esa enfermedad, se le enviaba comida a distancia y nadie se atrevía a acercársele.

Una noche apareció frente a su rancho un perro lobo, el aullido de ese perro rabioso empezó a obstinar a los hermanos de Pedro Rafael, quienes decidieron cazarlo para que dejara el alma de su hermano en paz. El grito del animal era corto, estrangulado, de agonía sublime, un ladrido lúgubre. Era un perro negro, grande, de orejas puntiagudas, desde que había aparecido en la aldea Los Paujiles no había dejado de llover, y había derrumbado una de las paredes tapiadas de la casona. Aunado a esto los vecinos se quejaban con los perros rabiosos. Dos noches antes, otro perro había aullado muy feo en el monte. Había muchos, pero los hermanos de Pedro Rafael sabían que era uno sólo. Tomaron la escopeta que había pertenecido a su taita Domingo, bañaron una bala con agua bendita y dispusieron esperarlo. Esa noche le dispararon al perro lobo traspasándole el corazón. El perro cayó muerto.

Al instante se escuchó un alarido terrible, Pedro Rafael estaba en la puerta, con el pecho sangrando... a los minutos cayó en cama y murió, era el veintidós de julio del año mil novecientos treinta y siete.

Al siguiente día fue sepultado. El rancho, sus pertenencias, su ropa y sus libros fueron quemados.

A la semana entre los escombros encontraron un libro que no se había podido quemar y que llevaba el nombre de Pedro Rafael Pulido Chaparro, este libro era la Biblia.

La lápida de la tumba fue destruida después por los aldeanos para que nunca se supiese donde había sido enterrado el Hombre Lobo. Aún hoy yacen sus restos en el cementerio de la comunidad.[7]

[7] En la prefectura de San José de Bolívar, pudimos encontrar con la ayuda del señor Nemecio Benítez en el Libro de *Defunciones* el acta de defunción de Pedro Rafael Pulido Chaparro, se señala que murió el 22 de julio de 1937, a la edad de 30 años y lo que más llama la atención es lo siguiente que aparece escrito: *"Su muerte fue obscura y su enfermedad mal definida"*.

La casona de los espíritus

En el sitio conocido como El Sinaral, me contaba días atrás Rocío García, vivió una familia que era muy mala, de apellido "Carolinos".

Cuentan que una vez a ese lugar llegaron unos vendedores turcos y esa noche le dieron posada. Allí los emborracharon. Cuando estos cayeron ebrios, el papá, la mamá y los hijos tomaron cuchillos, machetillas y mataron a aquellos desdichados.

Luego los enterraron en el aposento. Las pertenencias las vendieron.

La comunidad si notó algo extraño esa noche, supusieron que ese alboroto lo hacían todas las noches. Se decía que dicha familia era maligna, todos ellos eran brujos y herejes. Otros lo señalaban de "gitanos".

Un día desaparecieron sin dejar rastro alguno, la casa quedo deshabitada, con el tiempo tomó un color lúgubre, nadie se acercaba por esos lugares. El zarzal se terminó apoderando de la casona, los aldeanos le temían entrar allí, porque en las noches se escuchaban ruidos extraños.

En ocasiones se escuchaban varias personas rezando, otros llorando, se oían gritos y lamentos.

Un buen día los aldeanos se dirigieron a la comunidad de Queniquea a buscar un cura párroco, ya que San José de Bolívar para esa época no contaba con un sacerdote fijo.

El sacerdote llegó y bendijo el lugar... Pasaron los días, los ruidos y cosas extrañas empezaron a aumentar. La comunidad decidió tumbar la casona.

Fue un sábado que se realizó un convite y se desplomó la vieja casa de tierra pisada, cuando llegaron al aposento uno de los aldeanos observó una medalla de oro de la virgen que estaba enterrada al borde del piso, la tomó pero se encontró que estaba atorada, empezó a desenterrarla y encontró un fósil humano.

Esa tarde remota desenterraron varios cadáveres. El cura vino, bendijo los restos encontrados y luego fueron enterrados en el campo santo de la comunidad.

Desde aquella vez no volvieron a molestar los espíritus en el sitio llamado Sinaral.

De la familia nunca se supo nada más.

El pintado

En conversa amena con Lubín Pulido, él me expresó que San José de Bolívar estaba lleno de leyendas, anécdotas e historias que de forma oral iban pasando de padres a hijos o de abuelos a nietos. Estos cuentos populares según Lubín están llenos de colorido, cundidos de humorismo y en cierta medida matizados de picardía. Esta anécdota es una de ellas:

"A finales de la década de 1940, un poblador de la aldea Mesa de San Antonio, de nombre Abdón, cuando venía al poblado, solía tomarse unos cuantos michitos y regresaba a su morada un poco 'chapeado", es decir; pasado de palos.

Para ese tiempo existía un puente de madera a la entrada de la aldea, hecho de tal forma que daba la impresión de ser una casita, cubierta de tejas, que permitía el paso de las bestias cargadas y bien podría ir una persona de a caballo sin trompicarse con la armadura de madera. Al final del puente había una pequeña capilla con una efigie de San Antonio, y al lado una alcancía de madera, que los transeúntes de vez en cuando depositaban alguna limosna (churupos, lochas, medios o reales).

Un buen día el mencionado Abdón, atolondrado por el aguardiente, decide violentar la alcancía y tomar la poca limosna que allá existía. Para los habitantes de nuestra población fue considerado como un acto sacrílego, los sanantonenses de inmediato comunicaron al padre Guerrero, párroco de nuestra

feligresía, lo acontecido y dijeron que el dinero sustraído llegaba a 37 bolívares con tres lochas.

La limosna recaudada, se utilizaba para el pago de la misa que cada año, los lugareños celebraban el día del Santo Patrón. El presbítero, sentenció, que la persona que había realizado aquel hecho blasfemo se conocería y que se le manifestaría en la cara; hasta ese momento se desconocía quién era la persona que cometió ese hecho horrendo.

Transcurrido algún tiempo, a Abdón se le empieza a manchar la cara y las manos, de tal manera que esa fue la seña, que permitió a los meseros identificar quien era la persona que realizó el hecho vandálico".

Existe en la base del cerebro una glándula, denominada: pineal, es la encargada de regular la pigmentación de la piel y cuando por causas desconocidas se altera, las personas afectadas padecen este tipo de decoloraciones de la piel, que conocemos en nuestro medio con el nombre de "Melancolía", hecho que nada tiene que ver con la maldición del sacerdote.

Llamando al diablo

En esas noches de penumbra, donde el silencio es rasgado por el viento, sentados sobre una banca cerca del fogón de leña, teniendo de escenario la cocina, matizada de colores que irradian las lumbres de la lámpara de Kerosén y de la candela que ya extingue la leña seca que apenas arde. Después de haber bebido una porción suculenta de mazamorra de guineo negro, con leche que apenas se deja ver, Lubín Pulido empezó el siguiente relato:

"Un lugareño entrado en sus cincuenta años, ligeramente embriagado, con unos tragos de aguardiente cachicamero, venía de Queniquea por el camino viejo de recuas; en un atardecer sombrío poco antes del comienzo de la noche. Llegando al antiguo puente del río Bobo; hecho de madera, techado de teja, para protegerlo de las inclemencias del tiempo, de tal altura y anchura que permitía el paso de dos jinetes a la vez.

El mencionado lugareño se sentó en una piedra al borde del camino, miró de soslayo; el caserón de la tenería y pila de café, que deja entrever el molino de madera, al que cae un chorrearon de agua, que hace girar las aspas y mueve los pilones en los momentos de trabajo.

El lugareño se queda pensativo, da cuenta que la mala suerte, no le permitió acumular riqueza, (por sus desmanes y la vida que llevaba), decide vender el alma al Diablo a cambio de fortuna, había oído que otras personas que tenían bienes, los

adquirían de esa forma. Armado de valor, en parte por la embriagues que por su coraje, empezó a llamar al diablo, a ratos le llamaba buen amigo.

En ese momento se desata una tormenta acompañada de relámpagos y truenos que menguan de momento el valor camuflajado y da la impresión de ver un jinete con dos cabezas, que se desplaza produciendo un ensordedor ruido por el entablado del puente. Pasada la embriaguez por el susto y el agua que le había caído, siente miedo, llega al poblado en veloz carrera arrepentido del hecho hasta las puertas de la iglesia para pedir perdón y contar a los parroquianos que por poquito se lo lleva el Diablo. Argumenta que gracias a los escapularios de la virgen del Carmen que portaba y que nunca abandonaría se había salvado.

Contaron algunos vecinos que momentos antes, habían llegado dos jinetes y que pasaron por el puente en forma paralela, que el mencionado vendedor del alma, en la penumbra divisó sólo un caballo y a un jinete con dos cabezas".

Hay quienes afirman que el Diablo, está quebrado, pues las personas que le han vendido el alma, hacen un trato por siete años para disfrutar de tal riqueza, y minutos antes de cumplirse el trato se introducen en un iglesia y rezan plegarias, se arrepienten y piden a Dios que los perdone; transformándose en personas piadosas que hacen bienes de caridad, despojándose de la riqueza mal habida, el Diablo pierde el trato y el dinero aportado. Ya Lucifer, no cree en las personas que a menudo lo invocan, ofreciendo su alma en busca de fortuna facial y mal habida.

Cruz mula

En San José de Bolívar, los pobladores tienen chispa criolla y acertada para apodar a las personas –me comenta Lubín mientras nos dirigíamos al caserío Caricuena: "Este es el caso de una señora que así la conocí en mi niñez. Dicho personaje era una persona mayor, a quien tenía respeto por la enseñanza de mis padres a los adultos.

Era una señora de unos ochenta años y oí comentario de la gente, que ella, había tenido una hija de un cura y relacionaban el apodo puesto, con la mula que acompañó el nacimiento del niño Jesús al comer parte de la paja donde había nacido y que por tal razón las mulas son infértiles, pero la señora no lo fue. El caso de esta señora estando jovencita, era bien simpática y fue colocada como servicio doméstico en una finca que poseía el referido cura en una aldea de Queniquea, sector La Playa.

En dicha finca había una "era"[8] con una empalizada que no permitía la entrada de ningún tipo de animal, para proteger las hortalizas allí sembradas. De repente dan cuenta que en la era hay marcadas unas pisadas de mula, y se preguntan por donde entro el animal, además sin producir daño a las hortalizas. La jovencita presenta cambios en su físico, el abultamiento de su vientre comienza a mostrarse y supone que la persona responsable de esa barriguita es nada menos que el cura, aseverando que cuando una mujer es embarazada por un sacerdote,

[8] Pequeña extinción de tierra bien cercada.

estando descalza deja la huella de bestia mular. Razón por la cual se hallaban las pisadas de mula en la huerta. Seguro las dejaba cuando la joven iba en busca de cilantro y cebolla. El mencionado cura, había sido retirado por el Obispo de la diócesis, por cuestiones de faldas y llegó a esas tierras donde compró una finca cafetalera para pasar sus últimos días, sin perder el resabio. Hoy en día ¿cómo se sabe?, si no hay eras y las jóvenes no andan descalzas".

El patio de las brujas

En el caserío La Costa frente a la capilla centenaria de los Misioneros Lubín Pulido me señala que en nuestra población los relatos de brujas y espantos los contaban en las noches, cuando en su niñez por los años cincuenta, había una pequeña planta de electricidad que apenas alumbraba, se dañaba a menudo:

"En la tienda de mi tío Pedro Pulido Vivas, se contaba con una lámpara a gasolina que la mantenía encendida hasta las nueve de la noche, de las pocas que existían en esa época; se aglomeraban algunos parroquianos para saber de noticias, de la guerra de Corea y aun recordaban la segunda guerra mundial, comentaban la muerte del coronel Carlos Delgado Chalbaud. De repente seguía un silencio, se oía el aullido de los perros, el maullar de los gatos, era el momento para recordar espantos y brujas. Un lugareño se acercaba a esa reunión: "Para algo sirve la caja del agua del acueducto, de reciente construcción, ayer noche subía jumo Evangelista pollo, y encima de la caja a esto de las once de la noche, dice que él estaba jumeto pero en su juicio y que vio bailando unos piscos, piscas y gallinas pirocas sobre la caja de agua, y si no hubiese sido porque siempre carga los escapularios de la virgen del Carmen se lo cargan, pues trataron de hacerlo, pero vieron los escapularios y se retiraron, se reían de manera grotesca".

Dice otro de los presentes: "A mí me contó Román su hermano, que se le hizo tarde, estaba jugando baraja donde don Miguel Peñaloza, y cuando pasó a la altura de la caja de agua vio las brujas; eran unas mujeres viejas de caras feas y verrugosas, también habían zánganos, lo agarraron, perdió el conocimiento y apareció al día siguiente en Las Cruces, sin camisa, sin alpargatas y amoreteado por todas partes".

Otro de los asistentes a la reunión expresa: "En una oportunidad vi a un señor, que aseguraban era zángano. El zángano puede entrar a una tienda, comer, tomar de lo que hay pero no puede robar, pueden ver a las mujeres desnudas pero no pueden tener sexo, así decían".

El zángano en cuestión, tenía fama...

En una ocasión sostuvo un altercado el zángano, la policía no lo encontró. Al día siguiente cuando íbamos para la escuela lo vimos que se hacía el dormido en el suelo, frente al Comando policial, cubierto por una bayeta. Toda la mañana estuvo allí y la policía no hizo nada, decían que peleaba con la cabeza y los pies sin usar las manos. Aseguraban que hacía estarjes[9], para limpiar potreros, palear caña, lo veían pasar sin charapo ni pala y no daban cuenta como hacía el trabajo, era rápido y lo hacía bien.

Era también notorio de las mujeres que iban a misa los domingos, avejentadas, que casi no salían de sus hogares, a estas las consideraban brujas. En las noches cuando oían alguna bulla[10] desde el aposento gritaban: "venga mañana por sal y panela"; Cuan grande era la sorpresa que en la mañanita tocaban a la puerta: "Comadre préstame un poquito de sal".

[9] Contratos.
[10] Ruido.

Secundino Rojas, el exorcista

Secundino Rojas –manifiesta Lubin Pulido– es un personaje muy singular. Ya pasados sus ochenta años, campesino de arraigo tachirense, dicharachero, inquieto, siempre atento a una repuesta oportuna a cualquier pregunta de chanza, que suele responder con picardía. Fue arriero de unas diez y siete mulas, para transportar café desde La Florida hasta Táriba, o de La Florida a San José, durante varios años. Peón de moliendas de caña, encargado de fincas en El Piñal y El Combudo.

"En platicas que solemos tener, memoraba que estando joven asistió a un coterráneo en los últimos días de su existencia para ayudarlo a bien morir, pues sabían que era valiente. Supo salir airoso de altercados que sostuvo con forajidos que trataron de robarle el dinero que regresaba, producto del café transportado, además sabían que viajaba de noche en muchas oportunidades y podía esquivar los espantos.

En esas andanzas comentaba sobre lo sucedido a un coterráneo moribundo que tenía varios días poseído por algún espíritu. El hombre hablaba palabras incoherentes, con frases desconocidas. Varias señoras entre ellas su esposa, rezaban plegarias y no ocurría nada.

Llegó Secundino, quien llevaba agua vendita, incienso, velas de la candelaria hechas de cera de abeja angelita, benditas en la Iglesia de la Consolación de Táriba, escapularios de la virgen del Carmen, benditos en la iglesia de El Cristo de La Grita.

Con ramo y agua bendita, derrama agua sobre el moribundo durante tres días y tres noches, tiene que amarrar al enfermo con mecates a la cama, no lo pueden someter a la fuerza, se sorprende cuando se eleva del piso con todo y cama hasta el techo de su pequeña morada, levita; se santiguan los acompañantes. Secundino continua derramando agua y mostaza bendita sobre el cuerpo del poseído y ya cuando comienza a amanecer, después de estos tres días de penurias, sin separarse un instante del moribundo, ven que se apacigua y muere.

Grande es su sorpresa, cuando dan cuenta que los colmillos del difunto habían crecido y salían por la comisura de sus labios unos veinte centímetros. Preparan el cadáver para la sepultura y tapan el ataúd, para que no dieran cuenta de tal aberración".

Esto fue un hecho insólito, sin precedentes.

Un fantasma al claro de la luna

En el caserío La Costa me encontré con Doña María Guadalupe Escalante de Zambrano y en charla amena me relató el siguiente cuento de camino:

"Años atrás a José lo persiguió un fantasma. José era muy joven, tal vez diez y siete o diez y ocho años, enamorado. José era puras novias, un don Juan completo y le gustaba mucho el trabajo. Los domingos con su trabajo conseguía el dinero para brindar a sus conquistas pastelitos y chicha. José era un cliente fijo de Doña Maximina, porque en el pueblo no había pasteles y chicha tan buenos como los de Doña Maximina. Y como José era tan pastelero, pues tenía una novia que vivía en Las Cruces. Eso era religioso y todas las tardes se iba a visitar a la muchacha. Siempre le decían:

– Deje esa costumbre de estar andando de noche porque lo van a asustar.

Pero él decía:

– Yo me vengo tempranito.

De las nueve a las diez era la visita. Una noche se vino para la casa de la nona acompañado de un perrito que siempre seguía sus pasos. Aquella noche se despidió de la muchacha como todas las anteriores y al salir al camino real el perro empezó a inquietarse y a mostrarse asustado, se le entrecruzaba a José y no le dejaba andar, pero él seguía caminando.

Siguió avanzando sin llegarle el miedo a su cuerpo, alcanzó camino arriba. La noche era muy oscura y al llegar a un piedrón, el perrito comenzó a interponerse más en su andar, José le dijo:

– No seas bobo, déjame caminar.

En ello a José se le ocurrió mirar para atrás y allí estaba aquello.

– ¡Ay mi madre! –gritó ante lo que vio y echó carrera. Pero de lo que se llama "Así se corre". ¡Qué susto! Pues paso por frente de la casa de don Juan y no la vio. Dele para donde la nona llamándole:

– ¡Nona, nonita! Apúrese, ábrame la puerta que me está persiguiendo algo horrible.

Le abrieron la puerta y entró el pobre José más muerto que vivo del susto desde el corredor. Allí había un pino enfrente donde les observaba aquel ser horrorífico, estaba envuelto en una niebla de páramo, neblina que había cercado de improvisto la casa.

Ya cuando estaba adentro, un tío de José se asomó y vio un resplandor blanco y en el centro una bola de fuego, de donde emanaban dos ojos diabólicos. Todos comenzaron a rezar el rosario para alejar el espanto.

Después de lo sucedido la nona le dijo a José:

–Se dio cuenta mijito lo malo que es estar de noche por el camino sin necesidad.

José no volvió a salir de noche. Era de día que visitaba a la novia y cuando no la podía visitar le mandaba una cartica.

El enigma de la popita

Don Eliseo Escalante era un humilde trabajador del campo, trabajaba mucho. Cuando no salía a trabajar era porque era un día de guardar como se decía antes. Se guiaban por el almanaque de los hermanos Rojas. Los días que eran festivos o mejor dicho era malo trabajar. El día de algún santo traía dos cruces marcadas en rojo; de resto los días eran normales y se dedicaban al campo. Los domingos eran de descanso y se iba para el pueblo a comprar el mercadito y a la misa. Le gustaba a don Eliseo echarse un palo de miche que costaba una locha, eso era un buen trago, pues casi era como media cartera y compraba algunos caramelitos de coco para sus hijos.

Fue un gran padre –expresa María Guadalupe– pues dio a sus hijos enseñanzas y amor. Jamás castigó a sus hijos con golpes, les hablaba con cariño y tanta paciencia pues los ponía a caminar derechitos, sin un correazo.

Don Eliseo era rezandero, lo buscaban para rezar; llegaba del trabajo y arranque a rezar la novena, porque cuando se le hacía tarde, le cantaba la copetoncita, él le decía:

–Allá voy mijita, no se asuste.

De regreso al rancho no lo acompañaba nadie, pues cuando llegaba a la casa decía:

–Me venía acompañando la popita.

¿Qué era la popita? En ese tiempo como había tanta creencia o mejor dicho quizás más fe al temor de Dios. Por eso salía la popita.

– Yo nunca llegue a verla –señala doña Guadalupe– porque decían los abuelos que no era a todos los que se les aparecía, al menos mi abuelita decía que no había que tenerle miedo, porque no era cosa mala.

La familia de don Eliseo a las seis de la mañana ya estaba rezando el rosario. En la noche por lo regular a las siete y media ya se acostaban y a rezar el rosario. Los viernes se rezaba la pasión de Cristo, eran muy creyentes. Tenían razón que vieran la popita. Decían que era como una mota de algodón que iba alumbrando el camino por donde iba acompañando a la persona, a don Eliseo lo acompaño varias veces la popita.

El faro blanco

Doña Guadalupe señala que su padre don Eliseo Escalante también se lo cargó el buen amigo, es decir el "Diablo". Señala que se lo llevó como a don Ernesto cuando lo trajo el diablo al pueblo desde el Zumbador en un cerrar y abrir de ojos.

Dice Guadalupe:

–A mi papá lo asustó el mismo tipo, con la diferencia que a don Ernesto lo trajo en un carro. Resulta que una vez estaba trabajando en San José de Bolívar, en esos tiempos pues empezaban la brega[11] a las seis de la mañana hasta las seis de la tarde. Trabajaban "toitico el día por un platero", un bolívar y cincuenta céntimos. Resulta que un día se quedó hablando con un compadre en una bodega del poblado y cuando se dio cuenta lo había agarrado la noche. Pero como estaba haciendo buena luna no se afanó mucho y cuando venía pasando por frente del ranchito de don Ramón Caraña, de repente vio un faro blanco.

Cuenta Guadalupe que don Eliseo apuró el paso y se le fue con la machetilla a matar el bicho o cosa increíble, en ello lo envolvió una densa niebla y don Eliseo empezó a tantear el camino para no extraviarse pero en cosa de segundos la niebla desapareció y se encontró sentado en la orilla del camino de la finca de don Pío Roa, al lado tenía la pala y la machetilla y el faro ya no estaba. Dice un tanto exaltada Guadalupe que:

[11] Trabajo diario o jornal.

–¡Huy! Guapo el bicho ese, se lo cargó desde la quebrada El Topón hasta el fincón de don Pío, que fue donde aterrizó mi papá. Esa noche papá llegó y nos contó el cuento del faro blanco, nosotros asustados. Pero nos dijo:

–No se asusten mijitos que llegué más rápido y no supe cómo fue y no me hizo ningún rasguño, menos mal, eso fue el buen amigo. ¡Qué tal buen amigo!

Que tiempos –sostiene Guadalupe– amigos cuando no salían los jóvenes a echar su canita al aire por miedo al mandinga, porque si salían, los asustaban. Parecido a este tiempo, que no sale nada que los asuste. Se están en la calle hasta el amanecer con su compañera que no les falta, la botella de miche blanco o "calentao" y comiendo "chimo", y que divirtiéndose: "Ahora ni el silbón se oye por ningún lado, es la nueva generación".

El brujeador de la montaña

Cierto día que no recuerdo muy bien, el amigo "Chuy", en esas noches que nos sentábamos alrededor de una fogata, junto a un grupo de amigas, con una caja de cerveza y algún sancocho de ese respectivo día, empezó a contar una historia que erizó los cabellos a los que estábamos allí reunidos:

"Muchachos, saben que para hacerse alguien brujo existe un método. Al otro lado del río, al pasar el puente del río Bobo, siempre uno se halla en la carretera con el Brujeador de la montaña.

Según se cuenta, éste hombre se hizo brujo cuando encontró el hueso invisible. Este ritual consiste en buscar un gato negro y un caldero, dirigirse a una montaña lejana, allí se hace una fogata y se cocina al gato vivo dentro del caldero, luego de pasado un tiempo, el elegido optará por meter la mano en el caldero y cuando encuentre el hueso invisible antes de la media noche ganará los poderes, se acompaña con una oración al maligno, si el discípulo no encuentra el hueso invisible, el Diablo se llevará su alma en esa misa negra.

Cuando murió el Brujeador, varios jóvenes de la comunidad quisieron ir a la montaña y hacer el ritual, para averiguar si era verdad lo que se contaba del brujo.

Ya cuando estaba a punto de llegar la hora señalada, se escucharon alaridos y ruidos espeluznantes, los muchachos dejaron el ritual, y salieron corriendo hasta el poblado.

El poder de este brujo era tan grande que un día la policía lo estaba buscando, llegaron a una bodega, éste al verse acorralado se transformó en un racimo de plátanos, cuando entraron los policías no encontraron nada, uno de los policías tomó dos plátanos para llevarlos a su casa, cuando llegó a su casa cuál sería su sorpresa, en vez de plátanos le aparecieron dos alpargatas.

El Brujeador había escapado de las leyes judiciales, pero había dejado una evidencia sobrenatural".

La escoba

En otra ocasión, cuando le pedía a mi nona María Isabel que me relatara un cuento de brujas, ella trajo a su pensamiento, la maldición que le espera a una Bruja después de su muerte:

"Por allá en aquellos días, donde uno tenía que trabajar pa´ terminar de criar a los muchachos, a sus tíos y a su mamá, me buscaron para que lavara ropa a una moribunda.

La casa quedaba en una loma, en un lugar llamado Los Osos, desde allí se observaba el río San Antonio. Los rumores decían que aquella señora no se quería morir o entregar su alma a Dios o al Demonio, porque era una bruja. Lo cierto era que cada día la enferma, se veía peor, pero nada que se moría.

Dicen que cuando una bruja, no ha encontrado a quien dejar en su oficio, su muerte se vuelve dolorosa, amarga y larga.

Nadie encontraba como subsanar ese mal a tan desdichada mujer. Fue y se consultó a un viejo ermitaño o brujeador en Caricuena, decían que este brujo era muy poderoso.

El viejo brujo les dijo que la enferma no se había muerto, porque le faltaba algo, empezó a preguntar por sus pertenencias, y sucedió que la escoba de ésta, la habían sacado de su habitación.

El viejo brujo aconsejó que le llevaran la escoba, ya que ella no había encontrado a quien dejar sus enseñanzas, su alma quedaría presa en la escoba, hasta el arrepentimiento de sus actos, su alma vagaría en pena.

Los familiares hicieron lo que el viejo les dijo, y a los pocos minutos la señora murió.

Esto pasó porque ella no había encontrado como desatar su alma de su cuerpo, allí se da la entrega de su escoba, ya que una bruja al morir y no tener heredera, su alma queda en la escoba de esta".

Mi abuela María Isabel sorbió otro trago de café y continuó con otra leyenda.

El soldado de la montaña

Otros de los relatos que se oyen en el caserío La Costa, es la aparición de un alma en pena. Los aldeanos señalan que es el espíritu de un soldado de la guerrilla que se enfrentó a la "Sagrada de Gómez" bajo el mando del general Juan Pablo Peñaloza, que desde Pregonero a Queniquea tenía desparramado parte de su ejército.

Señalan los relatos que una comisión del tirano del Táchira: Eustoquio Gómez, después de diezmar Pregonero a las cenizas, persiguió sin cansancio a muchos de los rebeldes. En La Costa uno de estos insurgentes fue muerto y su cuerpo descuartizado, vejado de tal manera, que ni recibió cristiana sepultura.

Muchos años después empezó aparecer un espíritu en los caminos de La Costa. Quienes lo han visto señalan que es un ser lleno de lamentos, casi siempre le faltaba una de las partes del cuerpo desmembrado, unos decían que le faltaban las manos, otros señalaban que le faltaba un brazo, el colectivo o voz popular le identificaban sin las dos piernas y que se arrastraba dando grandes gritos de desesperación, y hubo incluso quienes le señalaron como un ser sin cabeza y su cuerpo lleno de sangre.

El espanto no volvió a aparecer cuando el padre José Ignacio Moncada realizó una misa en aquel caserío por ese soldado anónimo en la capilla centenaria de los Misioneros.

Una mujer en el camino

Se cuenta también en mi pueblo, la aparición de una mujer en el camino. En el caserío San Rafael había una muchacha llamada Luisa Zambrano, que siempre subía todas las tardes a la población con un canasto lleno de frutas y verduras a vender, se regresaba ya de noche a su casa.

Un grupo de muchachos, que siempre se la pasaban molestando a las mujeres, decidió que esa noche asustarían a Luisa cuando regresase del pueblo.

Los muchachos, entre ellos Alfonzo Zambrano, se escondieron bajo unos árboles. Era una noche muy oscura, cuando vieron en la lejanía una mujer, muy parecida a como se vestía Luisa.

A medida que se acercaba, pudieron constatar que en efecto era Luisa, pero esa noche la mujer tenía algo distinto.

Los muchachos dejaron que pasara y empezaron a seguirla.

Cuando ya habían caminado unos doscientos metros, deciden caminar más rápido para alcanzarla.

Uno de los muchachos la tomó por detrás y cuando le dieron la vuelta para asustarla, el rostro de la mujer que no era Luisa se deformó y mostró unos inmensos dientes y colmillos, emitiendo un chillido espeluznante. Alfonzo y los muchachos de San Rafael, llenos de horror salieron corriendo hasta más no poder.

Desde ese día ningún muchacho se volvió a meter con ninguna mujer en el camino.

La dama de la escuela

Cuentan los pueblerinos que en la escuela "Regina de Velásquez" han observado en las noches oscuras, la silueta de una mujer de antaño, deambulando por el pasillo central de la institución.

Se comenta que es una dama alta, delgada y muy elegante, pareciera ser el alma en pena de una vieja maestra, que al morir quedó aferrada a estas viejas paredes.

Otros le han visto tras una chiquilla toda vestida de blanco.

Algunos dicen que aparece por poco tiempo, camina por el pasillo, baja las gradas y se dirige hacia donde hoy está la sala de usos múltiples.

¿Quién es esta extraña dama?

Tal vez, la guardiana del conocimiento, de la escuela "Regina de Velásquez".

La dama solitaria

Eran las dos y media de la mañana cuando José bajaba del Topón, para esperar el autobús de las cuatro, para ir a San Cristóbal.

Cuando estaba llegando a la Cruz de la Misión, observó una mujer que caminaba hacia la plaza, iba por frente de la casa de don Segundo Pulido, José quiso apresurar la marcha para alcanzar aquella mujer, para acompañarla mientras llegaba el autobús.

La mujer cruzó la calle, se dirigió por la carrera que lleva a la escuela, en eso llegó José a la de la casona de don Segundo Pulido, y observó que la mujer estaba cruzando la calle de la igualdad[12] y se dirigía hacía el trapiche. José apresuró el paso y cuando llegó a la esquina de la escuela, la mujer había desaparecido.

José pensó que le estaban jugando una broma, se sentó a esperar a dicha mujer, pero el tiempo pasaba y no aparecía. José sintió recelo, se dirigió a la posada de don Julio Silva, tocó la puerta para que le abriesen, en eso sintió un peso en sus espaldas, cuando doña Rosa de Silva, le abrió la puerta, José entró corriendo y dejo aquella presencia atrás.

Ese día José no viajó, se quedó a dormir donde don Julio, y pasado el tiempo José decía: "En San José de que vuelan. Vuelan".

---

[12] Hoy carrera cinco de la población San José de Bolívar.

La botija del enano

Una noche en la aldea de Los Paujiles, por allá en los años cincuenta, mi abuelo José Antonio y un viejo amigo, estaban desenterrando una botija, detrás de la vieja casona de tejas en la finca, donde estaban las ruinas de la casona de don Rafael Chaparro.

Cuando dieron con el botín, la tierra empezó a moverse y de una gruta salió un hombrecillo muy pequeño, un enano o duende de los bosques.

El hombrecillo, enseguida se rió, mostró unos inmensos dientes y colmillos. Mi abuelo y su amigo salieron corriendo, se internaron en la casa de Los Paujiles.

Al otro día cuando fueron a revisar el sitio, sólo hallaron un hueco lleno de ceniza, el hombrecillo y la botija habían desaparecido.

Al parecer aquella botija no era para ellos, cuenta la gente.

También se rumora que en la vieja casona de mis abuelos en Los Paujiles, hay noches, en que se ve emerger una luz del cuarto del centro, da la vuelta a la casa, juega en el lavadero, luego se pierde entre las matas de café y los camburales.

Al parecer esa botija aún está allí, en la finca y no ha sido desenterrada, está esperando la persona indicada.

La noche de los gallos

Otro día, mi mamá Josefa me contó que una vez, hace ya algunos años, ella subía de San Rafael con mi abuela a comprar el mercado de la semana cuando empezaron a escuchar una plomazón, tiros por acá y por allá. Mi mamá aún pequeña se escondió entre las faldas de mi abuela.

Aquella tarde en el pueblo se había llevado a cabo una pelea de gallos entre queniqueos y rioboberos, quedando como ganador San José de Bolívar, por lo cual se armó tremendo pleito, y hubo un muerto en cada bando.

Ese día había amanecido con un cielo muy oscuro. Como anunciando la desgracia.

Cuentan que ese día todos los gallos se cobijaron debajo de las camas de los habitantes de San José de Bolívar. Al entrar la noche cantaron con gran desesperación, en ese instante dos cuerpos caían abatidos por las balas y ese día quedó grabado en la memoria de muchos hombres.

Por mucho tiempo no se habló más de aquel trágico accidente o desgracia como decían los más viejos.

Malicia

Esta anécdota me la contó Salvano Gómez en una de las tantas conversaciones:

"Cuando se estaba reconstruyendo la iglesia, por el terremoto acaecido en el año mil novecientos cincuenta y siete, todo habitante apto para trabajar de San José de Bolívar, tenía que presentarse ante el Jefe Civil para ayudar en dicho trabajo.

Don Pilar García, para esta época era corregidor de una aldea.

En una de esas visitas, acude a su hermano Domingo García, quien estaba aserrando madera para su casa.

Don Pilar le dijo:

"–Mira Domingo, pos vine a buscarte pa´ llevarte al pueblo, para que cerrajes madera pa´ la iglesia".

A lo que Don Domingo contesto:

"–Pos a mí de aquí, pos me llevarás amarrao".

Don Pilar que era un hombre de mucha malicia, fue y buscó a dos hombres robustos de su aldea, hizo amarrar a su hermano de pies y manos a un tronco y así fue conducido como un animal maniatado.

Después de haber caminado cierto trecho, don Domingo pidió que lo desataran, que él, iría al pueblo sin poner resistencia.

Al llegar al pueblo, don Pilar dejó a su hermano ante el Jefe Civil y regresó a su casa.

Para esta época, se aserraba madera con una sierra manejada por dos personas, el Jefe Civil le dijo:

"–Don Domingo, usted está en libertad de escoger a su compañero para aserrar. ¿A quién quiere, como compañero?".

Don Domingo quien estaba molesto y tenía la misma malicia que su hermano contesta:

"–Pos, a mí me traen como compañero al chato Pilar García".

El gigante y otros espantos

En los tiempos de antes –explica don Antonio Carrero– aparecía en el pueblo el espanto de un gigante, un hombre que medía más de tres metros de altura, se dice que era mitad gente, mitad espanto.

Contaban que en tres pasos subía de la plaza Bolívar hasta El Topón.

El primer salto lo daba donde estaba antes el antiguo Calvario hasta la prefectura, el segundo desde allí hasta la Cruz de la Misión y de ésta hasta El Topón, allí, contaban que el espanto desaparecía.

Una madrugada un obrero llevaba la comida para los que estaban trabajando en una molienda de caña en un trapiche del otro lado, cuando se le apareció el espanto.

El obrero soltó las ollas y empezó a rezar, en eso el espanto dio otro salto y se colocó a su lado.

El Hombre le dijo:

–Déjeme tranquilo, yo no estoy haciendo nada malo, sólo voy a llevarle la comida a los obreros al trapiche.

El espanto lo miró y siguió su camino, dio otro salto y llegó al Topón, allí desapareció.

Mucho tiempo después al pueblo llegó un sacerdote y lo bendijo, aquel espíritu burlón no volvió a aparecerse.

Otros espantos que salían era la "Muelona", este espanto lleva un hacha buscando el niño que ella mató, cuentan que

lleva la mitad de un bebe envuelto en una sábana, se les aparece a las madres desnaturalizadas.

También aparecía otro espanto llamado la "Tetona", a esta criatura de la noche le caían los pechos hasta la altura de las piernas, también anda en busca de un hijo perdido.

La "Llorona" anda por los caminos, carga un niño al hombro. Antes nadie salía de noche termina diciendo el señor Antonio Carrero.

Hay que decirle buen amigo

Una noche Antonio Carrero e Ignacio Pernía se fueron a un baile, donde las Moncada, en la aldea Mesa de San Antonio:

"El Ignacio estaba enamorado de una tal Rosa, llegaron a la fiesta e Ignacio empezó a cortejar a Rosa, un tal Rafael empezó a mirarlo con malicia.

–Mejor nos vamos –dijo Antonio Carrero.

–Vamos –contestó Ignacio.

–Bueno vamos –comentó Antonio.

Rafael agarró un palo entre sus manos, Antonio se quedó afuera mientras Ignacio se quedaba a dar el último baile, en eso se formó un pleito. Antonio le gritó a Rafael:

–Rafael deje quieto a Ignacio yo me lo llevo.

Antonio se fue y saliendo de La Cuchilla para caer en la quebrada, se le apagó la linterna, allí había un hoyo muy feo y grande, Antonio comentó:

–Espérate un momento que yo cargo un bombillo –Antonio siempre acostumbraba a cargar de dos a tres bombillos en el bolsillo.

Se le antojó darle un golpe de nuevo a la linterna y ésta prendió.

–Ahora sí, vamos.

Antonio y su acompañante atravesaron la quebrada, de ahí para acá Antonio siguió conversando, pero se extraño un poco porque Ignacio no trastabillaba.

Saliendo al bordo donde se agarra la carretera para San José de Bolívar, Antonio le dijo:

–Si no lo hubiese sacado de allá hasta matan a este bobo.

Le contestó a Antonio su acompañante:

–No, bueno si lo hubieran matado y el único que se hubiera salvado fuera usted, ya que usted esta bueno y sano, no lo hubieran matado, a usted no le hubiera pasado nada.

Antonio estaba bueno y sano, era hombre de no meterse en vainas.

Cuando llegó a la casa del pueblo y volteó, que cuento de Ignacio Pernía el que venía con Antonio era el Diablo.

Ignacio Pernía estaba esperándolo en el Saisayal, en la casona de don Eutimio, estaba todo sangrado, arañado y llorando, se le había pasado la rasca. Ya no estaba borracho".

Cuenta el señor Antonio Carrero que el Diablo nunca es malo, se calienta que le digan Diablo, hay que decirle buen amigo.

Un consejo del diablo

Una noche se dio un baile en Mesa de Guerrero y un papá le dice al hijo:

–No vaya pa´ esa Mesa de Guerrero – Esa noche tenía dos galones de miche para llevar, regalar, vender y tomar él.

Lo silbaron, donde don Eutimio en El Osito, Luis fue y se acostó.

Al poco rato le tocaron la puerta, su padre se paró abrir.

Un Caballero bien vestido en una buena mula estaba frente a su casa. Le dijo:

–Siempre va vender el michito.

Luis contestó:

–Tengo ganas de ir.

El extraño jinete le previno:

–No lleve miche esta noche, vámonos sin miche.

El papá de Luis comentó:

–No vaya Luis, hágame caso.

Ese caballero era el propio Diablo. Bajó de la mula y dirigiéndose al papá de Luis.

–Déjelo ir conmigo, junto a mí va tranquilo, sin miche, le va a ir bien. Móntese en el anca de la mula.

Luis se montó, el Diablo sacó un tabaco.

–Va fumar Tabaco.

Luis no fumaba tabaco, sino cigarro, pero tomó uno. El Diablo tomó un fósforo y lo prendió con la espuela de la bota, le dio fuego a Luis, él se prendió otro.

–Cierre los ojos que vamos llegando.

Cuando Luis abrió los ojos estaban en el baile. El Diablo tomando las riendas y dándoselas a Luis dijo:

–Usted se queda aquí, me tiene la mula, yo entro y arreglo aquella música pa´ empezar el baile. Tenga la mula ahí yo le aviso, tesé quieto.

Cuando el Diablo entró estaban arreglando los instrumentos, él los afinó y comenzó el baile.

Él fue el que dio el primer baile. Cuentan que la primera vuelta de un baile la da él.

El Diablo bailó la primera pieza, fue y buscó a Luis y le dijo:

–Bueno vaya usted y baile, cuando baile dos piezas se viene.

Luis fue y bailó dos piezas, hizo caso y se vino. El Diablo comentó:

–Ahora si estamos listos, nos vamos, va a ver lo que pasa ahorita, tenga la mula aquí, que nos vamos.

Un hombre le estrelló una silla a otro en la cabeza, comenzó un pleito, hubo dos muertos.

En ese instante el Diablo traslada a Luis a su casa y le dijo:

–No se le vuelva a antojar a usted ir a fiestas, haga caso, porque usted va a ser matado, en esos bailes, haga caso si no lo van a matar.

Y la muerte era para él, lo estaban esperando para matarlo, mataron a otro por confundirlo con él, la apariencia era de él, se agarraron en el pleito y fue por él.

A los cinco minutos estaba en la casa, el Diablo lo había salvado.

A Luis lo mataron después, en "La Marita", en la casa de Antonio Márquez, allá en el Páramo, a él lo mata un viejo de nombre Clemente Cegarra.

La viga de oro

A finales del siglo pasado, en una finca más allá de San Pablo se estaba haciendo una labranza, con doce obreros, de repente se vino una llovizna, los obreros entraron a la casa a escamparse, al poco salió un sol abrazador. Allí había una laguna, donde sacaban arena, escucharon unos llantos.

Era una laguna encantada y no le echaron cato, siguieron los alaridos más fuertes. Salieron a observar lo que ocurría, hacía un sol muy caliente, vieron una viga sobre la laguna y un montón de negritos sobre ella. Transcurridos dos meses, los Samaritanos llegaron a esa finca, era de noche pidieron posada. Nunca los habían visto. A eso de las once de la noche, empezaron a contar cuentos, les relataron al papá del señor Antonio Carrero, todas las riquezas en minas que tenía este territorio.

Le dijeron que San Pablo sería hundido, que él no lo vería pero que sus hijos y nietos sí. ¿Por qué?

San Pablo tiene una viga de Oro, la cola está en la laguna encantada de La Grita.

San Pablo se hundiría profetizaron los Samaritanos.

La Grita tendría que ser ahogada. El Santo Cristo y una Virgen son los protectores o mediadores para cuidar a la ciudad del Espíritu Santo de La Grita.

El niño de la quebrada

Una noche llegaron a la casa del señor Carlos García o "Carlos colombiano", varias personas venidas de San Cristóbal. Pasada de las diez de la noche, por el aburrimiento comenzó un juego de dominó que se prolongó hasta la madrugada.

El juego se había hecho interminable.

Días atrás habían encontrado el cadáver de una niña en la quebrada que pasa por detrás de la casa del señor Carlos y no se sabía su nombre ni la causante de su muerte. Serían ya las dos de la madrugada cuando se escuchó el llanto de un niño, todos quedaron sorprendidos, era la única casa habitada del sector para ese tiempo, el llanto se escuchó claro por unos instantes. A los jugadores se le erizaron los cabellos y sin pensar se refugiaron en la casa, allí esperaron el amanecer.

Al otro día hallaron la mesa tal cual había quedado la noche anterior, con el juego armado para volver a empezar una nueva jugada.

Se dice que era el alma de aquella niña que clamaba justicia por esa madre tan desnaturalizada que le había quitado la vida, a escasos instantes de su nacimiento.

Otro de los comentarios en la comunidad se refiere a que en las madrugadas por las calles principales veían un venado que recorría el pueblo con unos aullidos espeluznantes.

La leyenda de Apolinar, el hombre

Había ocurrido en el pueblo de San José de Bolívar muchos años atrás. Apolinar Labrador, apodado "el hombre", se había unido a las fuerzas armadas del Benemérito, como soldado andante, había sido conocido en toda la comarca.

En un momento de descanso, el queniqueo López Contreras le había hablado del río Bobo, quien transcurridos varios años sería presidente de Venezuela a la muerte del tirano. Éste le había encomendado el paso de un ganado en Los Andes junto a un pelotón de su guarnición.

Con acento trémulo divulgaba sus historias a sus compañeros de armas, mientras limpiaba su uniforme militar. Llegaba varias veces por las noches a su pueblo cantando.

En ocasiones vio a su familia en aquel período, porque las distancias recorridas en burro, unas veces, y en mula, otras, les daba calentura en el cuerpo, por tal razón las visitas de Apolinar "el hombre" a su pueblo se hacían eternas.

Cuando Apolinar llegaba, la gente se arremolinaba a su alrededor para escuchar las noticias de la capital. San José de Bolívar era apenas una aldea de treinta casas de bahareque y paredes de tierra pisada, la antigua capilla y la casa cural. Allí se enteraba de sus familiares y amigos.

Secciones tumultuosas seguían el arribo de "el hombre" al pueblo. Así lo llamaron por desafiar las distancias, las noches oscuras y los espantos.

Su uniforme kaki, lo mantenía tan pulcro que muchas de las señoritas del pueblo le veían con buenos ojos. Un día, tiempo atrás, contaría don Apolinar que en una encrucijada se había enfrentado al mismísimo Diablo.

Todo había sucedido un día en el pueblo cuando apareció un espanto, esto cambiaría para siempre la vida de Apolinar "el hombre". Un suceso que lo convertiría en una leyenda en toda la región del río Bobo.

Había terminado su servicio militar, regresaba al campo, se compraría dos vaquitas y una mula, y se decidió a formar una familia digna.

La madrugada de cualquier día de un mes y un año que desaparecieron en la memoria de don Apolinar Labrador, cuando se dirigía al lugar llamado La Barrita, donde estaba ubicada su finca, se encontró en el camino a un perro negro de cuyos ojos emanaba candela. Apolinar ferviente católico le mostró su escapulario y le rezó un padrenuestro tres veces, el espanto desapareció, pero allí no quedo la cosa. Al siguiente día apareció en la región un espanto que a veces semejaba a un jinete silencioso, en un corcel negro y espuelas brillantes, que desveló para siempre a los rioboberos. Ese jinete hacía sacar al caballo fuego con los cascos. Para esta época en San José de Bolívar no había sacerdote, era el cura de Queniquea, iba de vez en cuando daba misa en la población. Invadidos por un miedo secular, algunos de los habitantes de San José de Bolívar, contaban que el espanto provocaba enormes ruidos en la tierra, y muchas veces se transformaba en una cabra y paseaba en las madrugadas por las dos calles existentes en este tiempo. Cuando Apolinar "el hombre" arribó al pueblo, algunos rioboberos le informaron de la aparición del espanto. Y esa misma noche de agosto, oscura y lluviosa, jamás pudo saber-

se de que año era, la tarea de Apolinar quedaría interrumpida cuando el Diablo se interpusiera ante la bestia mular que le movilizaba. Seguidamente, una brisa huracanada lo tumbó de la mula, el Diablo lanzó fuego por la boca. Acorralado y tartamudeante, Apolinar hecho manos a su escapulario, producto más de la angustia que de algo ya predeterminado, e inusitado y temerario: le rezó un padrenuestro y el Diablo salió echando humaradas de candela. Así fue como Apolinar apodado "el Hombre" venció al mismísimo Mandinga.

El espanto de Los Paujiles

Contaba don Apolinar que por allá a principios de este siglo empezó aparecer un anciano en el lugar conocido hoy como La Cuchilla. Acompañaba a los caminantes de noche hasta la primera quebrada, La Paujilera, allí desaparecía.

El anciano llevaba a cuesta un costal de huesos, decían que era el alma en pena de un hombre, que en el siglo pasado en aquel tramo de carretera había matado a su hijo menor y desde ese día fue maldecido por Dios a cargar a cuestas su pecado.

Dicen que éste espanto no es malo, sólo pide un poco de compañía y orienta a su acompañante con reflexiones para hacerle cambiar.

Una vez lo halló en el camino, él llevaba un arreo de mulas, con un hatillo de panela... Ese día el espanto le predijo que tendría que viajar del pueblo a servir a su nación, que pasarían los años y moriría viejo.

En efecto don Apolinar, a los días fue soldado del general Juan Vicente Gómez y se reía al contar esta leyenda apoyado en el bordón de su vejez.

José Antonio Pulido Zambrano Nació en San José de Bolívar el 10 de junio de 1975, estado Táchira. Allí hizo sus primeros estudios en la Escuela Básica "Regina de Velásquez". Cursa el bachillerato en la Escuela Técnica Agropecuaria "San José de Bolívar". La Universidad de Los Andes – Táchira le entrega por sus conocimientos los siguientes títulos: *Licenciado en Castellano y Literatura, Especialista en Lectoescritura; Área Historia local y escritura y Magister Scientae en Literatura Latinoamericana y del Caribe.* Fue director del Grupo de Teatro "Mascarada", Presidente del Ateneo San José de Bolívar, integrante del Teatro Estable de la Universidad de Los Andes – Táchira (Teatrulat). Director y fundador del grupo poético "Trovadores de la

Esperanza". Escribió una columna periodística para el Diario La Nación en el suplemento Flash Dominical sobre el tema del vampirismo. Colaborador de la página web española www.tumbaabierta.com donde ha escrito una serie de ensayos virtuales sobre la literatura fantástica. Director fundador de la revista "Riobobense, el carpintero de la montaña" y la revista de escuela "Raíces Rioboberas". Dirige en la web el blog de historia local: "Riobobense, el carpintero de la montaña azul". Integrante del grupo de cuentistas tachirenses Neonata. Ha sido docente de los liceos "Virgen de Coromoto" en Guanare, Portuguesa, y de las instituciones tachirenses: Liceo "Gonzalo Méndez", Liceo "Pedro María Morantes" (Nocturno) y el Liceo de Formación para las Artes "Estilita Orozco". Aparece en la compilación de cuentos urbanos contemporáneos "Ciudad en la Niebla" como uno de los escritores de este género en la región.

Criaturas de la noche en el Río Bobo de José Antonio Pulido Zambrano
se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2011
en los talleres gráficos de Producciones Editoriales C. A.
proedito@gmail.com

En estos cuentos de camino compilados en el municipio Francisco de Miranda, capital San José de Bolívar, nos damos cuenta que nuestro pasado guarda una hermosa riqueza cultural, un caudal de relatos de la oralidad que han ido pasando de generación a generación. Hoy esas narraciones han sido escritas para que no se pierdan en el olvido; cumplen así, la santa tarea de nuestro padre literario, el gran Homero, autor de *La Ilíada* y *La Odisea*, la de no dejar morir nuestras raíces y creencias; en nuestro caso la concepción de diversas "criaturas de la noche", a los que la cultura del campesino ha ido abonando hasta hacerles parte del imaginario nocturno del Río Bobo. En este sentido el pueblo de San José de Bolívar está lleno de una fastuosa literatura, llamada "oral": donde en la mayorías de los casos el hombre de campo debe enfrentarse a seres demoniacos como el diablo, el silbón, la llorona, las brujas, los duendes, entre otros que conforman el rico legado folclórico-cultural riobobero, patrimonio de nuestras raíces andinas. Y el "riobobero" (nombre o término como se designa a los aldeanos nativos del pueblo de San José de Bolívar), siempre ha estado ligado a estas creencias de espantos o seres de la noche, y en este texto se ha tratado de recuperar una pequeña muestra de lo más representativo, lo que no ha sido devorado por la mala memoria y el olvido, lo que aún está presente en el rincón de los recuerdos de los abuelos.

José Antonio Pulido Zambrano, nació en San José de Bolívar, estado Táchira. Es ante todo un estudioso de la oralidad y de la literatura fantástica. En la Universidad de Los Andes obtuvo los títulos de Licenciado en Castellano y Literatura, Especialista en Lectoescritura, Área Historia local y escritura y Magister Scientae en Literatura Latinoamericana y del Caribe. Actualmente es docente en el Liceo de Formación para las Artes "Estilita Orozco" de San Cristóbal.

Alcaldía del Municipio
Francisco de Miranda

ISBN: 978-980-6474-07-9